

HOMBRES. LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS

FASCICULO V



"EN UN LUGAR DE LA MANCHA"...



“**C**ASA donde nació Miguel de Cervantes Saavedra, autor del Quijote». Así dice la lápida que hay sobre la puerta.

Era una obligación publicar la fotografía de esta casa, como una manifestación del sentir alcazareño, y ahí está, un poco deprimida por el contorno y como ruborizada por la nombradía en su humildad, como el labriego entre los letrados con ropa de los domingos. Si pudiera, volaría. Se saldría al campo para estar a sus anchas y vivir sin trabas su

autenticidad, viendo descansar a Rocinante en la puerta, mientras el escudero reconviene a su señor, para que siente los cascos, junto al camastro de la cocina; pero solo mientras dura el dolor de los últimos golpes, porque al instante brotará de nuevo el genio de la raza y hasta el escudero, tan sensible al vapuleo, sacará el orgullo indomable y veremos a Facó, que vuelve de cumplir el más humilde menester doméstico y engreído, le dice a D. Leopoldo, que le pincha, aludiendo a las relevantes condiciones de la Vicenta:

—No crea Vd. que yo estoy descalzo, que si a mí me dan una «mieja» estudios meto preso a D. Oliverio. Y sacando el buche y arqueando los brazos sale dando chupadas al pito gordo que lleva en los labios.

Esta casa podrá o no ser la en que naciera Cervantes, pero esta tierra manchega es el lugar indiscutible de las fantasías quijotescas.



E

Desnudo

ENTRE las comunicaciones tan gratas como agradecidas que me proporcionan estos cuadernillos, se me ha dicho que quien conozca Alcázar y lea lo que yo escribo, encontrará muy favorecido el retrato. Puede ser que tengan razón. Las cosas son poco en sí mismas. Todo depende del amor, y si el que contempla o evoca no lo siente en su corazón, el contorno tomará un aspecto miserable, sea en Alcázar, en Suiza o en la Zona Ecuatorial. Brota la belleza de la compenetración del ambiente con los estados del alma que queda al desnudo, musitando el cuento de su vida y enseñando las heridas que recibió.

En mi cuarto pobre de enfermo, recogido y silencioso, oyendo el soplo del aire y el gotear de la lluvia en noches larguísimas, he sentido muchas veces mi mano aprisionada. Era la dicha que pudo ser, que acudía sigilosa con su consuelo en la soledad.

Si Alcázar difiere en algo de como lo describo, pudo, y yo creo que hasta debió ser, como lo pinto. Su vida no tiene sentido para mí más que en la forma que lo siento. Quien lo mire con amor, lo comprenderá claramente.



M

Bienes raíces

El padre murió de 86 años, teniendo yo casi cincuenta. Cada día me acuerdo más de él y admiro más su carácter. Mi madre me quería mucho más, si eso puede medirse. Mi herencia biológica está bastante equilibrada, sin nada apreciable, pero predominan en mí los factores maternos. No obstante tiene más fortaleza la memoria de mi padre.

Después de todos los altibajos de la vida, me dejó varias fincas pobres y me dijo que las vendiera. Me lo dijo de verdad, pero yo sabía que sentía tener que darme con razón ese consejo, porque las tierras no eran buenas y yo no iba a poder cuidarlas. El, que por no deshacerse de la borriquilla había seguido trabajando cierto tiempo y que luego, andando, no dejó de cuidar sus hazas, me decía que las vendiera. ¡Cómo era posible! ¡Por ser pobres no iban a dejar de ser amadas! Era su hacienda, lo que había servido de base para nuestra vida, el legado amasado con su esfuerzo y su sudor, lo que nos dió pan, la hacienda que sirvió para enraizar este amor hacia la tierra natal, la tierra de los desvelos, de los trabajos, de las penas, de las alegrías... ¡Venderla!

El mundo le dió la razón. El sabía lo que se decía y el mundo también. Pero saber no es sentir, y el sentimiento cuando tiene hondas raíces que llegan al corazón pueden hacer hasta el milagro de que viva lo caduco. Las plantas que han de tomar agua de un suelo seco echan larga raíz y aunque convenga y se quiera arrancarlas, no se sueltan así como así.



HOMBRES. LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

POR

RAFAEL MAZUECOS

Mes de Septiembre
del año 1955

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
DE
ALCAZAR DE SAN JUAN

FASCICULO
QUINTO

La abuelilla de la calceta

HACE tiempo que dejó de verse esta silueta típica en las puertas, en las esquinas soleadas y en los rincones abrigados de nuestras calles.

En el grupo de mujeres que cosían, hacían encaje de bolillos

y hablaban incesantemente, había una vieja un poco apartada, silenciosa, muy tiesa, que hacía calceta o punto de media, indiferente a cuanto sucedía a su alrededor, con su pañoleta al cuello y el moño de picaporte reducido por la calvicie senil, pero erguido, empingorotado, dando a la abuela cierto aire rechinante; la boca sumida, sin dientes y las manos sarmientosas manejando las largas agujas metálicas que había en todas las casas y el husillo que se metía en la cintura, entre las sayas, para apoyar la aguja que iba dando la vuelta, al tiempo que se rascaba los cascos por debajo del moño con la que cambiaba.

Nuestros hombres ofrecían su pie desnudo a la asperidad de los peales, pero la pierna quedaba bien protegida por la fuerte y bien tejida calceta que se sujetaba al pie por una abrazadera estrecha, a manera de estribo del mismo punto y por arriba con largo y vistoso seno que se aplicaba por debajo de la rodilla.

Recordando lo bien que sentaba esta prenda, se explica la atención que ponía en su tejido la abuelilla, para crecer y menguar exactamente en el sitio exigido por la pierna para no alterar su forma natural. La vieja se embebía tanto en la labor, que iba sumiendo la boca poco a poco hasta dar con la nariz en la barbilla, convirtiendo su cara en un garabato de forja castellana



D. Jesús Sánchez-Mateos, Romero "Jesusillo"

Motivo de singular satisfacción es el poder traer a estas páginas el recuerdo y la figura, excelentemente acompañada, de Jesusillo, aquel Médico alcazareño, muerto a los 26 años, cuya fama perdura con más firmeza que la de los que le sobrevivieron.

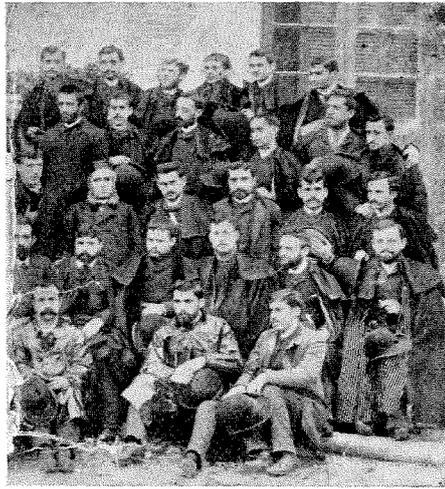
No sin motivos se pronunció el pueblo tan a su favor. Era hijo de una familia humildísima pero tan despierto que atraía la atención de todos y con su voluntad, las orientaciones del conocido religioso D. Jesús Romero, tío suyo, y la luz de un candil para por las noches, consiguió hacerse Médico y también ser objeto en su curso de la misma simpatía que en Alcázar.

Era «Saminón» y le decían «Jesusillo» seguramente como diminutivo familiar por el parentesco con D. Jesús, el cura, que para él sería como un padre o tal vez más por no tenerlo y por las cualidades del virtuosísimo sacerdote. Vivió en la época de Manzaneque y D. Magdaleno o poco antes.

Más listo que el hambrey el hambre dicen que estudia más que cien Abogados y como él la pasó tuvo esa espléndida e incomparable compensación que tienen los hijos del trabajo cuando no se dejan envilecer por la pobreza y se debaten dignamente con la adversidad.

Jesusillo era querido y admirado en todas partes. Gran improvisador tocaba varios instrumentos. Organizador de estudiantinas era el postulante y animador universal. La gente lo acogió con los brazos abiertos, pero de corazón, al venir de Médico y cuando el regocijo era general por su presencia cogió una pulmonía y murió en dos días.

Mucho tiempo duró la consternación por el final de aquella vida tan



En el trozo de fotografía que reproducimos figura en el centro con grandes patillas y birrete de profesor el Dr. Creus, cuyo nombre se puso en Alcázar a la primera calle que se abrió a espaldas de la calle Toledo. Delante del Dr. Creus hay sentado un alumno, al cual tiene puesta la mano en el hombro derecho. Ese alumno es D. Jesús Sánchez-Mateos, el «Jesusillo» que encantaba a los alcazareños.

intensamente preparada y a pesar del breve ejercicio no faltó el enfermo agradecido que le costeó el panteón. Este fue D. Luis Arias, por haberle salvado a una hija. Como tampoco faltó antes quien le ayudara en sus gastos escolares —Don Felipe Arroyo y D. Ricardo López, ni quien le costeara el título al acabar la carrera —D. Joaquín y D. Federico Álvarez, ni el amigo que abriera una suscripción notable—Don Julián Pantoja; pues el pobre Jesusillo no tenía un céntimo y solo pudo legar a su madre, viuda y operada en el hospital cuando él murió, la satisfacción de haberle echado al mundo.

AL HIGUI

El tío Julianete, pastor y trajinante, cuando iba de trato se echaba el dinero metálico en el bolsillo de la chaqueta y lo estaba sonando todo el tiempo.

Como se le trababa la lengua, al atascarse, completaba el razonamiento sonando los duros y por algo tendría tanta confianza en la alucinante musiquilla, porque él hizo cuartos.



D. ROMAN

D. Román Olivares Valdés

COMO D. Enrique, había nacido en Cuba, «la Isla hermosa del ardiente sol», según canta la guajira, donde su padre fué destinado como militar, profesión que estuvo a punto de abrazar él también y que cambió luego por el arte de Esculapio.

En oposición a D. Enrique, no era un esbelto junco de la Manigua, sino un hombre de complexión robusta y vientre abultado, que parecía llevar siempre el cinturón de gala.

Tenia mucho amor propio y cierta propensión a ver las cosas señorialmente. Nunca perdió la inclinación a las prendas de piqué y la ropa almidonada usuales en su tierra natal, aunque en esto como en todo tuviera una gran parte su distinguida esposa.

El conocía el camino verdadero de la profesión, pero no lo seguía con regularidad y los impulsos, más imaginativos que lógicos, se perdían como las olas en las orillas del mar.

Inclinado a las buenas formas un poco ostentosas, cuidaba las relaciones sociales con más atención que los demás Médicos.

En su tiempo, la brusquedad defensiva, propia de los Médicos, era calificada por las gentes de borriquería y este calificativo se aplicaba a todos menos a él y a D. Enrique ¡menos a él, cuya soberbia era proverbial! Lo que pasaba es que la gente no lo entendía, pues padecía una disartria y cuando se excitaba—cosa tan frecuente en la visita médica— el torrente de palabras superpuestas y entrecortadas y la secreción salivar dejaba a la gente con la boca abierta sin saber qué hacer ni qué pensar. En estos momentos tenía audacias temerarias y aciertos indiscutibles que le dieron su época y un lugar en la medicina local.

En estado de sosiego era tan infeliz y tan noble como sus demás compañeros, que se les llevaba por donde se quería

Visitaba en tartana como los demás, pero cuando D. Enrique optó por la berlina, D. Román echó otra inmediatamente, pues no toleraba indirectas. La visita en coche se hizo inexcusable, más que por necesidad física por señorío, pues el pueblo podía andarse entonces varias veces al día con comodidad y la profesión se llevaba holgadamente. Aquello le iba muy bien al Médico y enaltecía su misión, no hay que dudarle, incluso ante sí mismo, pues aumentaba su estimación propia bien manifiesta en el orgullo de todos.

GRAMATICA PURA

Doroteo el barbero, famoso cazador con el hurón, tenía tan bien distribuido su trabajo, que no admitía ni el caso accidental. Si llegaba algún cliente nuevo protestaba murmurando: «no habrá tenido otro sitio donde ir éste».

En una ocasión hubo una concentración de fuerzas en Santa Clara y bajaban por El Altozano buscando una barbería. Le preguntaron a Alaminos, que estaba en el sol con Doroteo, y dijo: «este es el maestro».

Doroteo entornando el ojo izquierdo, como solía hacer, se sacudió el golpe poniendo el tiempo en pretérito y dijo:— «era, era».



D. José Belmonte Balbastre

D. JOSE

de menos aguante todavía. La realidad era precisamente lo contrario; su bondad era completa, su tolerancia amplia y su lealtad a prueba de arbitrariedades. Sencillo y comprensivo quedaba ligado desde el primer instante a quien fuera capaz de sentir limpiamente y de obrar con nobleza, por espontáneo impulso, esto es, sin calculismos atenuantes.

Son muchos los factores que intervienen en la mala fama del Médico en cuanto a su brusquedad, sobre todo la cantidad inmensa de latas que tiene que soportar y de la que solo una salida de tono lo libran en parte. Su trato más o menos íntimo—cada vez menos íntimo—con todo el mundo. El conocimiento más o menos profundo—cada vez menos profundo—de la vida de todas las familias. La avidez por su tiempo, cada vez mayor que tiene el Médico. La desenvoltura que le da la costumbre de entrar directamente a todas las alcobas (habitación la más íntima) y por donde sea, casi siempre por la parte más reservada en la casa a la vida familiar: la portailla, el callejón disimulado, la cuadra o el fregadero, sin preguntar ni llamar, como el que entra en su casa cortando terreno.

Todo esto tiene que originar, como puede suponerse, muchos incidentes chuscos—más o menos agudos—según las demás condiciones personales del Médico y para eso D. Magdaleno las tenía como ninguno; por eso poseía la palma de la *borriquería*, y se ponía peto a peto con cualquier moñigona a decirse cuatro frescas, pues además, su laudable cualidad de madrugador lo exponía más a situaciones cómicas como la de encontrarse a la gente en ropas menores o acostadas con el enfermo, y eso que ya se prevenían desde la noche antes diciendo: «Vamos a acostarnos temprano que hay que levantarse pronto, no venga D. Magdaleno y nos coja en la cama».

La mujer alcazareña, tan curiosa, ⁽¹⁾ no solo evitaba estar acostada sino que quería tener la puerta barrida y regada y la casa limpia para cuando llegaba D. Magdaleno. Lo que no impidió en cierta ocasión, que una de las más limpias y resabidas, no encontrándola en el recorrido por la casa, se echara a buscarla y la descubriera en camisa debajo de la cama, porque no le dió tiempo a buscar otro refugio, desarrollándose la consiguiente escena de voces e improperios que se divulgó y comentó amplia y regocijadamente.

D. José Belmonte contaba algunas anécdotas bastante salerosas y reía de muy buena gana con las de D. Magdaleno.

En una época de desnudismo como la presente, chocará que se violentaran tanto antes por descubrirse, incluso ante el Médico. Entonces no era habitual, ni mucho menos, que el enfermo se desnudara para ser reconocido por el Médico, ni aun estando en cama.

Una mujer se reconocía muy excepcionalmente, pues hasta los cateterismos se hacían a cubierto y todavía se oye a ciertas mujeres prolíficas que han tenido 20 hijos y no las ha visto nadie, ni aun la partera.

(1) D. Manuel Manzanque, siempre cauteloso, no confiaba en la limpieza de las clientas y llevaba su toalla para secarse las manos después de lavarse en el grifo del patio de la casa, rehusando la palangana que le ofrecían al salir de ver al enfermo.

No por esto eran menos acertados los juicios médicos, pues antes, ahora y siempre, un interrogatorio bien dirigido y una observación atenta, darán un diagnóstico muy aproximado al que la mayoría de las veces añade poco la exploración más minuciosa.

D. José tenía los resabios del hijo único; caprichoso, indolente, poco disciplinado, pero su buen fondo lo salvó hasta de los inconvenientes de estos defectos formativos, pues tuvo un amigo—y cuando lo tuvo es que podía tenerlo—del cual se dejó influir fácilmente y terminó la carrera a la que prestaba poca atención. ¡Cuán grande gratitud guardaba al prestigioso Médico asturiano! ¿Hace falta decir algo más para acreditar la docilidad de D. José, tan opuesta a lo que aparentaba su persona? Pues chiquillo fué hasta su muerte, dejándose llevar en todo momento por los impulsos del corazón, que no lo engañó nunca.

No fué pura casualidad el ser D. José, Médico de la Estación, aunque por casualidad lo consiguiera, si casualidad es que se lanzara a pedirlo al Director General; pero tal casualidad era precisamente hija de uno de los factores humanos más valorables en él y en toda persona; la espontaneidad, la franqueza, la nobleza. El Director también tuvo buen golpe de vista, porque Belmonte era por naturaleza un trenero, un hombre abierto a la comunicación, a la expansión, a lo exterior, lo contrario del hombre cauteloso y taimado, que vive pegado a su miseria como la planta esteparia a la costra yesífera y cuando dobló ese momento que Pérez de Ayala llamó el cabo de las tormentas de los treinta años, se agarró al oficio y lo desenvolvió como uno de tantos, siendo, con toda su fama de fiero, un hombre muy sensible a la lealtad del que la practica como él la sentía, por impulso espontáneo, sin cálculos algebraicos.

Hay algunos momentos en la vida de D. José, verdaderamente conmovedores para el que esto escribe, por motivos de los que no le corresponde hablar, pero que han quedado bien señalados en el curso de un tiempo cuyas circunstancias, por imprevisibles, dieron lugar a que se manifestara la intimidad de las personas.

Belmonte fué un buen compañero, de los que llegado el caso obran noblemente, sin acordarse de nada que pueda empequeñecer su acción.

Belmonte fué un hombre bueno que probó su generosidad y su hombría en su relación con muchas personas.

Belmonte fué hombre inteligente y no torpe de manos. Hubiera podido ser un buen cirujano, pero cuando nos lo decía le parecía tarde y antes le faltó ambiente e impulso personal, si bien lució sus relevantes condiciones en beneficio de todos, interviniendo en muchos aspectos de la vida local.



La preferida botella de la bola preside esta reunión sobre la mesa de comer, puesta en el patio, porque es domingo y hace calor. Todos los tíos de la cuadrilla están majos, y son, de izquierda a derecha, sentados, Inocente Alonso «Churrin»; «El Jaro Fafá»; Antonio Barrilero «Chavicos»; El Valenciano el Carpintero (Eusebio Sánchez) y «El Coso» (Tomás Montealegre, padre de Antonio, el maestro albañil). De pie, «El Bizco Lañas» (Aquilino Tejera); «Capacheja» (Eugenio Barrilero); Angel Alvarez, el de Jonás y el de «Engalgalebres» (Higinio Fernández).

Es una de las cuadrillas típicas de los zurrillas domingueros. Todos los que la forman fueron muy conocidos y estimados y merece conservarse su recuerdo, tanto por ellos, como por la costumbre que personifican en el momento de la fotografía.



D. RAFAEL

D. Rafael Bonardell Sánchez-Mateos

HOMBRE de tan buena pasta y tan buena conformidad, que a pesar de ser la medicina lo que es y de haber sostenido durante 20 años, con un esfuerzo insuperable, la asistencia cuidadosa al igualatorio más grande de Alcázar—y los había insoportables por el número—no se agrió

su carácter ni desmayó ante los sinsabores, hasta el punto de que cuando le arrebataron la vida aquellos por quienes tanto se había sacrificado, alboreaban en su mente ideas y proyectos profesionales en los que hubiera dado su mejor fruto. Su excelente salud, su buen juicio y su madurez profesional así lo hacían esperar. Nos lo quitaron en el mejor momento de su vida médica y a los 48 años de edad, dejando un vacío y una estela de cariño imborrables en el corazón de sus familiares y amigos.

Su persona y su momento profesional, situado en un instante tan radical de la evolución que parece la división de dos tendencias diferentes, necesitan una breve reflexión que enlace unos tiempos con otros.

Las condiciones de su carácter tenían un antecedente familiar de primer orden en el de su padre, al que tratamos bastante por circunstancias especiales siendo chicos. Era un hombretón, bondadoso en extremo, siempre conforme, callado como pocos y de una calma inalterable.

Cuando los Médicos de que hemos hecho mención en los fascículos anteriores y que eran los verdaderamente alcazareños, se hallaban en su apogeo, lo que significa la iniciación de su decadencia, aparece Bonardell, afable, bondadoso, sin ambiciones, sin prisa, entre aquel grupo de genios prósperos, seguros y orgullosos de su posición, que defendían fieramente. El tiempo, naturalmente, da el triunfo al joven, y Bonardell quedó identificado en la psicología de las gentes, con un matiz distintivo de la figura médica tradicional. Bonardell no es el patriarca, el sacerdote, cuya silueta se había desdibujado mucho ya en el horizonte de las consideraciones, es el amigo afectuoso del que cuesta trabajo separarse, es casi un miembro de la familia, el confidente, enterado e interesado en la marcha de la casa; los trabajos del padre, el noviazgo de la hija, la colocación del chico, estado de las cosechas, la marcha de las economías, en fin, todo lo que preocupa a aquellos de cuya salud cuida, y sobre lo cual pregunta al tiempo que por la enfermedad.

Con aquel aire bonachón y considerado, de cumplido cortés pero obligado y sentido, un poco vecindoneril, característico del ambiente novocentista en que se formó y del cual tenía impregnada su alma; ambiente en el que se contenía el germen indiferenciado de la vida subsiguiente, cuya interpretación tanto viene dando que hacer a nuestros pensadores y que entonces se manifestaba con la gracia regocijante y filosófica de los sainetes de Arniches, los rasgos románticos de nuestra zarzuela, la penuria patronil con todas sus consecuencias y la ostentación general, cada uno en su esfera, todo ello simbolizado en personajes escénicos, lugares o actos difíciles de olvidar: el señor Joaquín; D. Hilarión; Julián, el de la Verbena; Juan José; El Santo de la Isidra; Las Bribonas. El salón de conferencias. La cacharrería; El organillo. La Romería. Las mañanas del Retiro. Los bailes de sociedad. El carnaval madrileño y tantas otras cosas imborrables del alma que las vivía.

Bonardell se adueña del ambiente por el cariño y por la prudencia y discreción de sus decisiones, consolidándose en una posición que en nada podía envidiar la de sus arrogantes antecesores.

El tiempo y las costumbres avanzan más deprisa de lo conveniente para no perturbar. En el campo profesional Bonardell es localmente con su firmeza ductil, como un monolito que contiene el derrumbamiento.

El substrato médico de principio de siglo lo personifican D. Manuel, D. Magdaleno, D. Enrique, D. Gonzalo, D. José y D. Román, hombres todos de algún rasgo especial y que se desenvolvieron holgadamente dando a la profesión un elevado tono de respeto y consideración pública

Bonardell empuña ese cetro, preciada herencia de una época caballescica, y lo mantiene ejemplarmente, aguantando todos los aires, pero los cambios presionan desviando a los hombres de su camino, la masa social empuja y puede decirse que Bonardell cierra un período de vida médica local, marchándose con él el tono y las maneras propias de una época profesional. A sus espaldas y siguiendo la sombra de su alejamiento, se vislumbra la efígie del Médico standard, sin personalidad, creado por la colectivización, indiferente y burócrata.



«Paco el de la Botica»
Francisco Molina Mínguez

Dos colaboradores importantes

EN la época a que nos venimos refiriendo, desarrollaron integralmente su trabajo profesional, dos personas auxiliares que gozaron de general confianza y merecida popularidad: Paco el de la Botica y Manuel Comino, el Practicante, que aun viven por fortuna, y que con D.^a Isabel, la Relojera, completan el cuadro de ayudantes destacados, que tuvieron aquel grupo de Médicos cuyas siluetas hemos pretendido perfilar en el curso de estas publicaciones.

Si las condiciones de los señores indican la de los vasallos, es natural que aquellos hombres de tanto genio y tanta presencia—más apariencia que realidad—pero buenos de verdad, tuvieran como ayudantes a otros igualmente buenos, pero de opuestas condiciones de carácter, es decir, sencillos, humildes y cumplidores exactos de sus deberes sin reparar en molestias.

Los dos fueron en su misión como brote espontáneo de la naturaleza, fiel reflejo de aquel aserto biológico de que la función crea el órgano o que la necesidad impone la forma de satisfacerla, y estos dos hombres parecía que habían nacido para su menester respectivo; de ahí su nombradía.

La vida de Manuel coincide con el auge de su profesión, impuesta por los nuevos métodos terapéuticos y la generalización del uso de las inyecciones.

Su carácter comedido, su prudencia, su calma y su discreción, le granjean con estricta justicia la confianza y el afecto de los Médicos y del pueblo en general, a los que corresponde durante 40 años con una labor considerable y meritísima que por fortuna continúa.

Paco también coincide con cierta inquietud en la Farmacia, que se inicia con la llegada de D. Leopoldo y que gracias a él sale de la pobreza en que vivía, haciéndose necesario una atención más constante, cosa que cumple a maravilla este mancebo popularísimo que ha asimilado completamente su misión, su misión y el corazón de las gentes que veneraron en él justificadamente, porque Paco sabe muchas cosas—y sabe callarlas, que es doble saber,—aprendidas en 59 años de mostrador emulsionando lo insoluble y haciendo lixivaciones y extractos flúidos que son la esencia de la taumaturgia del mortero que manejaba como un mago, y cuando alguna le pedía con prisas un **mensaje**, Paco, paternalmente, la convencía de su imposibilidad:—«mujer, eso es como si yo te pido ahora un cocido; me dirás que tienes que hacerlo, pues eso me pasa a mí, ven luego y te lo prepararé mientras»—Y volvía y quedaba unida de por vida a la inalterabilidad de Paco cuya calma, como un acantilado, fué deshaciendo todas las olas, enseñoreándose del mar.



Manuel Comino,
El Practicante



Medicina popular

¡VAYAMOS a vueltas con el oficio y con el arte de curar, arte preceptivo como la poética de los tiempos a que se contraen estas referencias, cuando la buena forma y el protocolo eran inexcusables.

La poderosa fuerza evocadora de la época de su infancia, permite fácilmente al que esto escribe apartar a un lado al profesional y dejar en libertad al chico y al enfermo, que fué él mismo o algún allegado, para que explique sus impresiones del momento, revalorizadas con maduras experiencias posteriores.

Es, además, un entretenimiento incomparable, asistir en la vejez a la destilación maravillosa de las impresiones recogidas en la infancia, en el propio alambique espiritual.

Me congratulan sobremanera estos recuerdos que puede que hagan sonreír a los **críticos profundos** señalados por Espronceda. Yo también tuve un tiempo de cierto rigorismo. Ahora propendo totalmente a la sencillez, a la naturalidad y creo que es un bien para todo, sin excluir a la Ciencia, la enseñanza de la vida que tiene siempre su razón y su utilidad, aunque no lo parezca.

Los Médicos han sido siempre, como es natural, los introductores de los remedios contra las enfermedades, pero los de cada generación, creyéndose en posesión del más allá, han luchado tenazmente contra la siembra de sus predecesores, como si esta hubiera brotado entre las gentes por generación espontánea y fuera simplemente un prejuicio vulgar. Llama la atención, que siendo el Médico por necesidad una persona observadora, se conduzca tan simplemente en algunas ocasiones, pues se observa que los remedios consagrados por tradición popular tuvieron muchas veces su iniciación en los peritos de épocas anteriores.

Uno de los remedios preceptivos más generalizados de aquella época eran las purgas. ¡Señores, qué martirio! ¡Y qué le echarían a aquellos bizcochejos que venía en su cajilla con papel de puntilla tan hermoso, y aquellas pastillas de chocolate, aquel agua que parecía salmuera y aquel aceite cuya sola presencia hacía incontenible la angustia! ¡Qué sudores!

Un dolor **ESTA** expresión, de sentido indeterminado, constituía una verdadera tragedia que imponía con solo nombrarlo, tanto si se refería a personas como a las caballerías, de costosa y difícil reposición, mas de necesidad absoluta para continuar el trabajo

Tener un dolor era tan horrible, que suponía el sufrimiento agudísimo, súbito, tumultuoso e inaguantable hasta que sobrevenía el colapso y la muerte, siempre segura.

Mi abuelo Juan Pedro murió en uno de estos cuadros, aunque atenuado por la causa que lo determinó; se le habían salido las tripas, según decían las mujeres.

Otro dolor impresionante, que ya apenas se ve, era el de costado. ¡Qué afectación tan profunda la de aquellos enfermos! ¡Y qué martirio de cantáridas y vegigatorios!

Por el mismo camino de la desaparición marchan las postemas. Una vez se me hizo a mí una en la muñeca izquierda. Me la curaban con agua fenicada caliente y me tapaban con hilas. ¡Era un escozor finísimo que duraba largo rato y la dolencia meses enteros! ¡Qué miedo de que llegara el Médico!

Como enfermedad que determinara prevención en la gente, recuerdo las viruelas. Seguramente contribuía mucho la intervención oficial para aislar al enfermo, tal vez con más aparato que eficacia, pero el hecho es que la comidilla no paraba y todo el mundo estaba atemorizado. Esta impresión es la que conservo de un caso que ví de pequeño.

Los Anémicos

LA gente, deformando las palabras técnicas al apropiárselas, decía que estaban **anemias** muchas jóvenes. Al decirlo estaban pensando maliciosamente que **se iban a ir a tisis**. Este vocabulario ya ha desaparecido y los estados que designaba también. Todavía me impresiona el recordar los **tísicos** de mi infancia, verdaderos esqueletos vivientes, figuras escuálidas, exangües, cubiertas de sudor, expectorando sin cesar, que iban por las mañanas temprano, a tomar el aire, andando, hasta el cerro y venían para no volver.

La Apretura

CON esta expresión designaba la vecindad un estado de enfermedad de presentación repentina y por lo general aparatosa, que excitando los sentimientos humanitarios ponía en movimiento cada dos por tres a medio pueblo en busca del remedio.

No sé por qué esta evocación aparece en mí relacionada con la siesta y veo a las mujeres jadeantes, sudorosas, haciéndose aire con el pañuelo, que vienen de llamar a todos los Médicos. De la casa salen otras, agitadas; dentro se oyen voces y confusión. Alguien pregunta: «¿Y qué dicen?» y otra contesta: «¡Vaya, qué van a decir, que no vuelve!» «¡Hija, qué pena!» exclaman suspirando tres o cuatro y aparecen los Médicos, cada uno por una parte, se entran en la casa y los chicos ya no nos enterábamos de más.

Después de irse los Médicos, entre unas y otras se discutía el remedio y se llamaba al primero que pasaba para que le echara varias bocanadas de humo o bien le daban a oler un alpargate sudado.

El Mal

DE las personas que sufrían apreturas con frecuencia, decían que les daba un patatús, un turrutaco, un mal o alferecía, incluyéndolas en un estado de enfermedad más o menos considerable, porque en cuanto les daba el patatús, ya no teníamos a nadie.

La Tumba

ASI se llamaba el medio ataúd viejo y cochambroso que había en el Cementerio para ir a recoger los cadáveres que disponía la autoridad judicial. Aunque malo, había también un coche de funeraria y un caballo. El conjunto recibía el nombre de «carro de los muertos» y solo esos muertos eran los que iban en coche, pues todos los demás eran llevados a hombros.

Encontrarse el «carro de los muertos» de noche, con «la tumba», imponía tanto que todo el mundo se iba a su casa, los chicos asustados y los grandes haciendo de tripas corazón, pero amedrentados también.

Los Pasmos

ERA una cosa que se cogía mucho en aquella época. Don Magdaleno los diagnosticaba a conciencia, en fuerte síntesis mental, mientras resoplaba ruidosamente: «¡Vaya un pasmo que tiene éste!» decía dándole a la cabeza y mirándolo fijamente, mientras le tomaba el pulso.

Un tratamiento clásico del pasmo era un puchero de vino cocido y sudar.—A mi padre le iba bien, pero yo tomaba azúcar tostada en un cazo dorado.—Lo malo eran las complicaciones. La empeña de gallina era excelente para la ronquera y los paños de mineral también, aunque con el inconveniente de tener que mudar la piel del cuello, pero eso no era nada, porque una vez me pusieron un vegigatorio y ¡vaya con Dios el alegre!

El Cuidao

LAS mujeres sufrían una cosa que daba lugar a preocupaciones y concentraciones familiares. Realmente, los chicos no veíamos aquello claro, mezcla de pena y regocijo, con caldos y tortas pardas a todas horas, pero todos respiraban hondo y las mujeres decían que habían **salido del cuidao**. Poco después, el ama solía estar en el fuego con un pañuelo hecho gorro y otro encima, arropada, atizando la lumbre y con una criatura en el halda.

El Sucedío ERA una dolencia pareja a la anterior. Yo la descubrí siendo muy pequeño, porque llegó mi padre diciendo que la Rafaela había sucedío y fui con mi madre a llevarle soletillas, que compró en casa de la Gregoria del Chocolate.

El Asiento ERA una enfermedad frecuente o al menos era frecuente que se hablara de ella y todavía, todavía colea; tiene más arraigo que las viruelas, que se fueron de una y nadie las conoce ya.

Yo tuve una vez uno de agua. Mi padre había tenido tercianas y le había sobrado medio frasco de quinina Pelletier, que era de la sabrosa y que sigue dando vueltas por mi casa. El Médico mandó que me dieran de aquello, disuelto en agua. . . . ¡Qué arcadas, madre mía! y cualquiera le decía a mi padre que no, con lo bien que le había ido a él! Pero nada, el asiento seguía, hasta que fué una mujer que no puedo recordar y me dió un sobo suave, lento, persistente, **tocando** la causa, que le iba explicando a mi madre, hasta que consiguió levantar el asiento y. . . aquí estamos.

Embruajamiento EL hombre no parecía asequible al mal de ojo, pero lo era en alto grado y de modo casi exclusivo al embruajamiento, que evolucionaba de modo parecido al ajojo y con idéntico resultado; es decir, peor, porque contra él no se conocían remedios eficaces.

La gente decía que era un mal tonto. El hombre se hacía indiferente, abúlico y solía decir algunas bobadas, *permaneciendo horas y horas en el mismo sitio e igual actitud. Su figura se ajaba* y las mujeres decían que estaba como si le hubieran echado aceite frito. Era incomprensible, pero había que pensar en todo. ¿Por qué no le podrían haber dado algo por ahí, algún «bebío» o echado algunos polvos en la comida? . . . ¡Se ven tantas cosas! Las mujeres relacionadas con el enfermo pasaban por la imaginación de todos, examinadas con desconfianza y quién más quién menos pensaba en la bruja causante del derrumbamiento de aquel hombre que antes era como un castillo. Pero qué se iba a hacer, misterios del mundo, y conformidad, porque contra lo imposible no hay nada.

Estimulantes ANTES iban los sastres a coser a las casas y les daban de comer; muchas veces pan y queso o sardinas y la costura adelantaba poco. Ellos decían: «Huevos, picatostes y longaniza, hacen a un sastre de coser deprisa», Pero esos platos no se veían más que los días de era. . . en algunas casas.

El Desbarate ERA un acontecimiento femenino. La mujer «iba para arriba» y de pronto sufría un desbarate. Esto no debía ser muy seguro, porque a veces, después, decían que la cosa seguía adelante otra vez y los chicos nos quedábamos a «oscuras».

Orlín ERA una cosa blanquecina y menudilla que les salía a los niños de teta en el cielo de la boca y que parecía leche cuajada.

Era un nombre bien puesto, porque el paladar quedaba muy adornado—orlado.—

El tratamiento también era muy práctico, aunque contrario a la enfermedad; le untaban miel rosada y el angelito chupaba que era un gusto.

Celestina "Medicina" UNA de las especialidades de «Medicina», —mancebo de la antigua botica de Carneros—era curar las quemaduras. En toda la zona quemada daba una buena unción de trementina y la cubría de pelos de conejo. Al desprenderse la costra quedaba curada.

Era característico de Celestino Sáiz—ya en su tienda de la calle San Andrés—el uso de mitones de bayeta verde y fundas de igual clase para las orejas. Lo hacía para cubrirse el «humor herpético» que padecía.

«Medicina» era gallego, pero le tomó mucha ley al vinillo manchego. Tenía una tartaneja y una mulilla, que cuidaba personalmente y una bota en la cuadra, que *empinaba* cuando iba a dar agua, cosa que no le olía bien a la Joaquina Pozo algunas noches.

Los Parches

REMEDIOS importantes de fabricación local fué el **ingüente**, con dos marcas acreditadas, el de QUINTANILLA y el de LAS LAUREANAS. Se usaban para curar granos y postemas, porque **chupaban**.

Una vez hecha la pasta, cuya composición era un secreto, el secreto a voces de los ceratos, ponían un pegote en un pedazo de naípe usado, bien seboso, de los desechados del Casino y de las tabernas, lo arrollaban en forma de canuto y el total lo envolvían en un pedazo de prospecto de los de los títeres o del teatro, siendo conservado en esa forma hasta el momento de ser usado, que era siempre en forma de parches.



El Cura «Tanganilla»

El de «Las Laureanas» fué traído a Alcázar por el Cura «Tanganilla», D. Francisco Paniagua, hermano del tío Laureano el Carpintero.

«Tanganilla» fué Sacerdote castrense después de exclaustarse del Convento de Franciscanos y un Médico militar le dió la receta para que curara a los soldados, pero él les daba también a sus sobrinas para que lo repartieran por Alcázar y como ellas lo distribuían, la gente le aplicó el nombre de **ingüente** de «Las Laureanas».

Este Cura fué un hombre influyente, bien relacionado, amigo de sus paisanos, a los que recomendaba como sobrinos en todas partes, por lo que le llamaban el Cura de los sobrinos. Murió al final del siglo pasado.

Fórmula Magistral

«LA MORILLA» tenía muchos chicos y un día amanecieron con los labios y los dedos de las manos pegados.

Alarmada llamó a Don Leoncio, que los examinó con su calma y preguntó lo que habían cenado.

Un guiso de patas de cordero; contestó la «Morilla».

—Pues bueno, calienta una caldera de agua y lávalos bien, verás que pronto que se despegan.

Otra Receta

DESPUES de ver Manzaneque a la mujer de Ceferino Tapia, le explicó el estado de debilidad de la enferma y la necesidad que habría de reforzar la alimentación.

Ceferino, confuso, se adelantó enseguida diciendo:

—Bueno Manuel, si te parece, aunque sea matamos una gallina.

Leche de Burra

YA se sabe que Madrid ha influido mucho en la vida de Alcázar y que Madrid ha sido un pueblo manchego siempre, en el que no ha escaseado ni escasea el curanderismo.

Hubo un tiempo de gran furor por la leche de burra para curar las enfermedades del pecho, hasta el punto de que las burras iban en grupo como las cabras, con sus campanillas especiales, por las calles de la Corte, para ser ordeñadas en las puertas de los enfermos y que pudieran tomar la leche caliente, desde la ubre.

Aquí tuvo aquello sus repercusiones y una vez oí hablar de ello con gran espanto, pues yo no había probado la leche nunca. Menos mal que pasó la nube sin descargar, pues aunque no he valido nada nunca, nadie ha dudado de mi fortaleza y se conformaron con algunos hipofosfitos o las cucharadas de cerveza, que tampoco eran confites.

Amparadores

ASI llamados porque «amparaban» lo que podían. La persona de más ascendiente y más desparpajo en el curanderismo local, fué, indudablemente, la tía Antoñona, que vivía en la Virgencilla de los Dolores.



«Chichín», tuvo mucho crédito, pero las faldas de la tía Antoñona tapaban tanto que «Chichín» no podía llegarle ni con mucho. Francisco miraba de asiento en las muñecas, ponía pulseras de cobre para el reuma y collares de siete nudos, pero en las opilaciones fracasaba y eso era precisamente lo que realizaba el valor de la tía Antoñona. Cobraba media libra de chocolate por cada parto. La María del moño grande, cobraba dos pesetas y miraba de asiento dando *suavico en la espina, detrás de las orejas* y un poquito en el estómago.

En un matiz especial sobresalía la Ventura, la «Coja la Cutimaña»: en el mal de ojo. Miraba de asiento y demás como es natural, pero en lo de decir la oración para quitar el mal de ojo, era algo notable, por lo fulminante de su efecto.

LA TIA ANTOÑONA. El calificativo popular, indica una mujer grande, mujerona. De humilde cuna, como denota el peinado, pero de posición mejorada con su ocupación, como dan a entender el pañuelo de cachemira y labasquiña.

Su oficio de partera, propicio al respingo, y su mal encare, denunciador de un carácter irritable, quedan neutralizados por su corpulencia, que inclina al mansurreo y por la relación social, que impone moderación.

D. Julián Pantoja dice que tenía una discreción sobresaliente y con su talento dominaba

las situaciones y sabía hacerse querer y vivir bien, porque era necesaria.

Empezó sirviendo por las casas y haciendo el arroz «CON DUZ» de las bodas y acabó asistiendo partos, siendo digna antecesora de «La Relojera», sin el pulimento que dió a esta su rodar por el mundo y el brillo nativo de su caletre, realzado con el uso de la pelerina. Ambas señalan una marca que no ha sido alcanzada luego en su menester.

«Chichín» TENIA el encargo, según decía, de hacer callar a Luis Sierra y a la «Coja la Cutimaña». Lo que quiere decir que no solo en medicina afrontaba los problemas difíciles.

Opilá ERA un modo de estar las mujeres. Lo decían las otras: «esa está opilá». Tenían mal color, amarillento y decían que *no les corría el cuerpo*. Tal atascamiento era una cosa muy confusa ¡Cualquiera entendía aquello! Sin embargo, la tía Antoñona entendía mucho de eso y algunas veces lo curaba completamente. ¡Vaya usted a saber!

«Aojao» ESTAR *aojao* era mala cosa. Todavía es frecuente en los niños. Antes lo era hasta en las plantas. Había un albaricoque en cierto patio, cuyo fruto, por lo abundante, tenía que recogerse en seras de vendimiar. Con frecuencia iba allí una mujer que siempre se quedaba mirando al árbol alabando su esplendor. El árbol empezó a ponerse mustio, hasta que se secó.

Lo mismo les pasaba a muchas mozas y los niños más hermosos empezaban a enflaquecer hasta que se consumían. Se comprende la fama de la «Coja la Cutimaña», por su gracia especial para sacar este maleficio del cuerpo, pues no siempre bastaban las higas y demás amuletos que pre-

ventivamente se ponían a los niños. El mal de algunas miradas era incontenible y gracias a la «Ventura», que hasta el nombre tenía salúfero, se libraban de una muerte segura aquellos seres. La «Ventura» se sentía nimbada de luciente poder y santiguándose decía entre dientes dos veces Jesús y María y seguía musitando la oración: «Dos te ha puesto mala, tres te han de salvar: Jesús, María y la Santísima Trinidad. Dios te libre de mal de *ojo*, de mujeres mundanas y de perros rabiosos». Se persignaba y mandaba acostar al enfermo, segura de que al despertarse estaría curado . . . y no hay noticias de que fallara nunca.

Un Aire **ASÍ** como los pasmos y otras dolencias eran cogidos, en el caso del aire era él el activo y al que le cogía un aire se quedaba lisiado, sin poder mover algún remo, a veces *ni hablar y babeando o con un ojo abierto y lloroso*. Las mujeres decían que le había entrado un **disfiguro** grande y desconfiaban del resultado.

Con el aire no se supo nunca que lograra fama ningún curandero. En estos casos se recurría siempre al Médico, pero por ir nada más, porque ya lo decían todos: «es lo mismo». Y el Médico lo reconocía y tomaba la lección para aplicarla cuando tenía que volver la voz por pasiva: «es lo mismo, que lo vea quien quiera». Se veía que con la muerte todos estaban de acuerdo.

Torcedura **UNA** vez me torcí un pie. En el portal de una casa de la calle de la Estación jugábamos varios chicos saltando desde la escalera. Caí en mala forma y me hice tanto daño que quedé cojo total. El más leve intento de apoyo me hacía caer por el dolor. Tuvieron que llevarme a mi casa, en brazos. Mi padre, al verme, no vaciló y me llevó en el acto a D. Vicente Moraleda.

Era verano. La casa de D. Vicente en Santa Quiteria estaba de par en par. En el patio unos sillones de mimbre y él sentado en uno. Al entrar preguntó con la cortesía que permitía su genio: «¿Qué trae José por aquí?». Me sentaron en otro sillón, frente a él, tomó mi pie entre sus manos y me vi bueno como por encanto, saliendo corriendo hacia mi casa. ¡Qué maravilla! No he vuelto a ver una cosa igual.

La "Antistérica" **ERA** un agua que vendían en la Botica y que se usaba mucho, tanto que la «bebía» estaba hecha, pues cada dos por tres iban a por dos reales de «antistérica» sobre todo las personas que se agitaban y se ponían, «por ná» a pique de cualquier cosa.

La "subía" **LA** subía de sangre era temible siempre y en muchas ocasiones fuerte. Al que le daba una «subía» se ponía morado y se le hacía una morcilla en el cuello con «hirvor» de pecho, que lo ahogaba, en ocasiones aunque llegara Caravaca a tiempo de sangrarlo.

El Acaloro **DE** menos importancia que la «subía» pero mirado con prevención por su similitud.

El individuo se sofocaba, se encendía, se ponía arrebatado y a pique de que le diera algo.

El «acaloro» entraba casi de repente y estando la gente tranquila, distinguiéndose el acaloro ese que **entraba** del acaloro que se **tomaba** o **cogía** debido a un momento de ofuscación o disgusto cuyas consecuencias también eran de temer y se prevenían con sangría o purga, sobre todo si la persona no había desahogado bien su ira.

"Almenaqué" **NO** era una enfermedad sino una situación a que se había llegado. Ser un «almenaqué» era acusar en diversas formas los cambios de tiempo, porque el almenaqué por antonomasia, el de D. Mariano Castillo, tenía como característica fundamental la de anunciar el tiempo probable anticipadamente y en Alcázar había muchos «almenaques» que barruntaban las alteraciones atmosféricas con dolencias que solo se aliviaban cuando «estogaba la mósfera», como decía Facó.

Dolencia clara

IBAN unos alcazareños «asobinaos» en el tren: dos hombres y una mujer, ellos a un lado y ella a otro, de media anqueta.

—Miaque coroque me va a amolar el flato este; dijo ella. Su marido le echó la visual esperando alguna expresión tranquilizadora. —¿Te se pasa?, le dijo.—Espérate a ver; respondió ella, frunciendo la boca.

Se entró el puño en el hueco y prosiguió:—«Cuando trujimos los sarmientos de la casa, al subir a la hacina me dió un chisquío y desde entonces, con na, ya estoy. Se lo dije a Paco y me dió un mensuje, pero no me hizo ná y estoy diciendo que se lo voy a decir a «Saminón» o a «Rufao», a ver si atinan. Icen que no es ná, pero tantas cosas icen que una se pone patirula y medio frasca...»

Los hombres callaban, viendo repetirse a la mujer. Ella se recostó y el tren bufaba subiendo los cerros de Lillo.

El Amago

MAS que una enfermedad establecida en sus primeros estadios, es como una amenaza de dolor o de aire y se aplica lo mismo a las personas que a las caballerías.

La gente llama al **périto** y le dice: «Esta, que está retentá, a ver qué te «paece»; dá perná, se encoge, se ladea y no come. ¿Qué pué ser?»

¡Y ahí te quiero ver, escopeta!

El Asco

ES un fenómeno precursor del asiento o de las fiebres pútridas y se «toma» por cualquier cosa; por un gusano en el agua de beber, una suciedad de aspecto nauseabundo o con moscas verdosas, etc. Entonces se representa no se sabe el qué y ya está el asco engendrado y en «pescándolo» da un vuelco el cuerpo, se «sienta» la comida o se «enredan» las calenturillas de cuarenta días y al mirar bien de asiento se echa cieno y bolás con pelo. El asombro familiar se manifiesta en expresiones admirativas: «¡Lo que «tendría» ahí detenío...! ¡Si no lo echa, sepa Dios la que se le hubiera «líao»!».

La Echaera

ERA una pérdida de sangre, que dejaba a las mujeres en tengerengue y con una cara como el enjalbiego. Si no se cortaba podía ocurrir cualquier cosa. ¿Que qué era lo que podía ocurrir? ¡Toma, pues morirsel ¿es poco eso?

Entrando a por Uvas

REMEDIOS heroicos de la práctica veterinaria para el dolor.

Un **braceo** bien hecho. El brazo desnudo se entra por el ano hasta el sobaco y se retiran las heces retenidas.

Una libra de chocolate **desliá** en un litro de aguardiente administrado por la boca.

Poner terrones de sal pedrez atados con crines dentro de la **natura** para que orinen y si se trata de machos se les da en la punta con una guindilla—¡claro, para esta faena, dicen que hay que prepararse bien y sujetar fuerte al animal!

Aplicar el chaleco y la boína de un mellizo por el lomo del animal.

El Pelo

AL fuerte escalotrio con que responde el cuerpo a la difusión de las infecciones de los pechos penetradas por las grietas, la llamaban **pelo**. Cuando daba un pelo el pecho se ponía muy duro y lo procuraban ablandar con cataplasmas, que según decían eran como mano santo.

Las Adelantadas

LAS madres entendidas de aquel tiempo, que no creían en los asientos ni en los ojos y demás antiguallas, purgaban a sus chicos por lo menos una vez al mes con píldoras de la O que, como dice Enrique, tendrían baladre, por los retortijones de tripas que daban y lo malo que se ponía uno.

El razonamiento era lógico; nuestro cuerpo es una máquina; la máquina se ensucia y necesita limpiar el fuego en los descansos. ¿Qué menos que limpiar nuestra caldera una vez al mes? Sobre que la limpieza en todas partes está bien menos en el bolsillo. Y total con una pildoreja de ná ¿Qué daño puede hacer una cosa tan chiquitilla! Aparte de que la madre tenía unos deberes previos de cumplimiento riguroso y cuando llegaba el Médico, lo primero que preguntaba era si le había purgado y si se había omitido este detalle, echaba una regañina, diciendo que lo primero era limpiar el cuerpo bien para cualquier cosa que pudiera venir después. Por eso las madres dispuestas, cuando llamaban al Médico, ya tenían hecho todo lo suyo, la purga, la lavativa, la cataplasma, los vahos, el parche de tapsia, y si no se resolvía el problema, llegaba la ciencia con el benzonaftol, el benzoato y los calomelanos al vapor, que completaban el aseo interior. ¡Por algo se hablaría tanto de la higiene entonces!

Parentesco extinguido HASTA que los adelantos de la dietética lo permitieron, la alimentación de los niños y de los enfermos fué un verdadero problema y el azote de la población infantil

que se llevaba un sin fin de angelitos—angelicos al cielo, se decía—sobre todo durante la canícula. El desfile de entierros durante el agosto era diario y nutrido. Solo asistían a ellos las mozas y los chicos y no en gran número. Las cajas, abiertas, eran llevadas de las asas por los acompañantes y no con mucha pena; «total ná—decían las vecinas—el dolor del codo, que duele mucho y se pasa presto» «¡Cuánto se puede sentir una cosa tan chiquitilla!».

Siguiendo la ley natural, se recurría para alimentar a los lactentes a las nodrizas o amas de leche, cuyo reclutamiento mercenario y selección era una cuestión peliaguda no exenta de riesgos para los niños y costosa en exceso para las familias, por el desembolso pecuniario que suponía y por la inadaptabilidad y exigencias de las amas, verdaderas tiranas en muchas ocasiones.

La necesidad era tan grande, que su atención llegó a industrializarse y en Madrid funcionaban varias agencias con tienda abierta, pero huyendo de ellas, en Alcázar era frecuente que las mujeres de posición modesta encontraran una ayuda económica dando el pecho al mismo tiempo que al suyo a otro niño de edad aproximada. Estos niños, sin parentesco alguno, pero criados por la misma mujer, se llamaban hermanos de teta y sin llegar a hermanarse del todo siempre tuvieron una relación más íntima que la de simples vecinos o amigos.

Ya hace años que no se oye hablar de este asunto y salvo que el hombre vuelva a la selva y tome a tener que redescubrir el mar, puede considerarse caducado este grado de parentesco.



“CHICHIN”

Opodeldoch ERA la untura más famosa que se ha conocido. Compartía con el árnica la previsión familiar para toda clase de dolencias, tanto para las que se fijaban inesperadamente en cualquier región del cuerpo, como para las producidas por golpe o «mala postura».

—Hija, dale *Opo del dó*, que no sabes lo bueno que es. A mi Petra le dimos cuando lo del ijar, y tú no sabes lo bien que le sentó. Al otro día se puso derecha.

Antojos LOS médicos no se han atrevido a descartar lo de los antojos, pero el problema ha perdido mucho terreno y apenas se habla de él ya. La vida acelerada no consiente fijarse en esos pormenores, ni casi tener chicos, que pocos los desean, pero antes era frecuente que los hijos exhibieran el antojo que la madre disimuló, encontrándose en esta-

do y así unos llevaban una guinda en un carrillo, otros una ciruela en el cuello y hasta alguna torta en mitad del pecho se ha visto alguna vez. De ahí la necesidad de que las embarazadas satisfagan sus caprichos y rarezas, pues en ese caso no sacan nada los descendientes.

Bulto sonado

El «tío Garrancho» el *aguao*, fué otro viejo muy conocido. Se llamaba Pablo Sánchez-Mateos Delgado. Los últimos años se le veía siempre sentado en la puerta de su casa de la calle Machero, sin poder moverse. Tenía una hernia tan voluminosa que servía de término de comparación para ponderar cosas grandes en todas las conversaciones. Por menos de nada salía a relucir la potra de «Garrancho» y hasta mereció el honor de la canción popular.

«La potra del «tío Garrancho»
la han llevado a la estación
y el señor Jefe le ha dicho
que no coge en un vagón».

Así se cantaba, pero al verlo era impresionante.

Además del bulto del centro, tenía siempre a un lado la botelleja para remojarse, aunque no le apeteciera, pues le gustaba contrariar a su cuerpo, y decía: «Cuerpecito mío, ¿qué te apetece, echarte la siesta o irte en cá Pinete?» Y siempre hacía lo contrario de lo que le pedía, para darle martirio.

Como otros de su época era, según dice Reyes, un Jesús de Nazareno de bueno, pero nada de riesgo, debiéndose la prosperidad de sus cosas a la disposición de las mujeres y la María «La Pocha» fué un caso ejemplar de «alijenciosa» como la «Patatera» en la agricultura y la Joaquina «del Suero» y «la Artillera» en el pastoreo.

«La Pocha» fué muy activa, servicial, generosa, tan mirada y económica, que cuando iba a trabajar al campo, andando, no atendía jamás ninguna invitación de subir a los carros, para que nadie se propasara y para ir recogiendo todo lo que se encontraba por el camino, con lo que siempre reunía leña para guisar, por lo menos.

Gracias a las condiciones de la María, el matrimonio «Garrancho» pudo legar una casa a cada uno de sus hijos y dejarlos vestidos, cosa que no le pasó a ella, y casados a su gusto, haciendo y deshaciendo bodas para lograr buen encaje.

Fué de las primeras que vendieron sus uvas al menudeo en la Plaza.

Reparos

Era un remedio frecuente para muchos estados, y se aplicaban para dar fuerza. Unas veces de pan mascado, aplicado en las muñecas o bizcochos con alcohol en el mismo sitio o en la boca del estómago, siendo más frecuentes en esta región los de jamón y vino añejo.

Lo más trascendente en esta materia, era abrir un pichón vivo y aplicarlo con las ansias de la muerte. El animal transmitía su vida al enfermo.

La sustancia de huesos cocidos, se untaba en los miembros que habían sufrido algún accidente.

Descubrimiento Anatómico

LA María «la Pelá» trabajadora permanente de la yesería, con su hombre, «el Tornero», se hizo mal en un pie y llamaron a D. Magdaleno, que para darse cuenta de la lesión tomó algunas previsiones a su modo: «mira, calienta una caldera de agua y con una teja te arrancas la cota, y te cortas las uñas».

La María, habituada a estar descalza, como era necesidad y a que se le desgastaran con el trabajo sin haber tenido que cortárselas nunca, se quedó asombrada y exclamó: «¡Andáa, D. Magdaleno, pero ¿es que tenemos uñas en los pies? . . .»

¡Lo que se fija la gente!

JOSE Sábana, abordó a Bonardell un día muy seriamente.

—«Oye Refael, ¿los ojos tienen que ver unos con otros?»

—«¿Por qué lo dices?»

—«Porque esta mañana me arranqué una cascarría y me se saltaron las lágrimas. . .»



El Altillo Soria

Es aquí un nombre de calle alcazareña típicamente popular y por lo tanto acertado, claro e inconfundible.

Marcaba antes la salida al campo desde El Arenal, y El Altillo propiamente dicho era la plazoletilla de forma triangular que resulta de la confluencia de la calle del Crudo—también típica—con El Altillo y que limitan las casas de «Malagueña», Dionisio Beamud y «El Jaro el Porrero».

El Altillo tiene su ambiente propio, es una plazoletilla pequeña pero alegre, bañada por el sol desde que sale, pero con sombra a todas horas, haciendo grato el estacionamiento en todo tiempo, por estar protegida contra el viento Norte.

Esta suavidad climatológica del rinconcillo se traduce en una cierta cordialidad de los vecinos que, tal vez sea casual, pero no ha sido nunca tan áspera la relación allí como en la calle de Toledo, que está un paso, y en los corros de costureras que he cruzado miles de veces no he sorprendido nunca el grito desgarrado que profiere, con la peor intención, el insulto de «pelucha» lanzado contra una vecina.



Esta cuadrilla es de las de «aquí arriba»; los de por Santa María eran los «de allí abajo».

Todos llevan tapabocas. Hace fresquejo, aunque las plantas estén echadas. Seguro que es a últimos de Abril. Están en el patio de Peño, en la Placeta Albertos, frente a la Inspección de Policía actual, cuando la casa estaba en todo lo suyo y el tuerto siempre en la puerta.

A la mesa camilla le han quitado las faldas, porque los tíos las estropean y las queman con las bolliscas de los pitos y le han puesto la manta de echar el truke, manta necesaria porque los tíos daban tan fuerte al echar las cartas cuando reirucaban que de no tenerla se hubieran hecho mal en los nudillos.

En torno de la mesa están, de izquierda a derecha, Eladio Muñoz, «el Curilla»; Alejandro Ronero, «Choca»; «El tío Peinado» (Carpintero); Benito Lagos, con gorro de soldado y Elías Chamorro «Vegutilla».

Es la primera hora, se ha hecho el zurra y Peinado lo cacharrea para que se mezcle lo duz que ha de alegrarles la tarde.

Grandes complicaciones de lo pequeño

EN los buenos tiempos de la bodega del Marqués de Mudela, este tenía el prunito de mejorar el precio de las uvas de la recolección, para lo que solía esperar que se manifestaran los demás elaboradores y entonces se pronunciaba él alambicando su generosidad hasta el punto de expresarla en milésimas. El precio era por arrobas, sin llegar nunca a la peseta, y si los demás habían puesto a tres reales, él ponía a tres reales y ochenta milésimas.

Los labriegos sufrían horriblemente para ajustar los talones de las uvas y tenían que ir en busca de quien les ajustara la cuenta, porque como decían ellos: «la verdad, con eso de las milisimas no atina uno».

Justicia alcazareña

UNA vez le quitaron a un yesero de su puerta de la calle Nueva un carro de reguillo, (piedra de yeso blanco), pues antiguamente la mayoría de los carros se quedaban en las puertas como en las quinterías. Le echaron la culpa a un vecino. Intervino un «hombre bueno» y después de bien aclarado todo, condenó al dueño del carro a ir diciendo casa por casa de la vecindad que no era verdad que el otro vecino le hubiera quitado el reguillo. Las gentes dicen que le entró un bochorno tan grande, que al mes, se murió, y por eso «Tizones», ya viudo, se casó con la Jacinta, viuda de aquél y recordada por mí con agrado de ir a su casa a por aceite con mi madre. Los «hombres buenos» gozaron de gran predicamento y desempeñaron funciones útiles de confraternidad.



Los yeseros. - Su calle

Quieras que no, el hombre tiene que arrancar siempre su sustento a la tierra sobre que vive y en Alcázar, cuando no existían las viñas y el campo era un erial, al acabarse como medio de vida que ni para vivir daba, los trabajos del salicón para hacer barrilla y con ella jabón y los de extracción del salitre para hacer pólvora, se intensificaron los esfuerzos para hacer yeso,

construyéndose bastantes hornos en los alcaceles de las afueras del lugar, por su extremo Norte, que es el camino de la cantera de los Anchos. El pueblo se acababa en la calle Ancha y Cruz Verde, por lo que los yeseros se instalaron predominantemente en la calle de Cervantes y sus alrededores, siendo conocida con el nombre de calle de los Yeseros, que le era muy propio y es lamentable no perdure.

La industria se desenvolvía siempre tan pobremente y con tantos trabajos, que en muchos sitios no había más que el horno de quemar la piedra, el moladero del rulo, un cuarto para el yeso y otro para todos los usos de la familia. Con el tiempo y muchos sacrificios se fueron cercando aquellos alcaceles poniéndose una portada a la calle para todos los servicios de la casa y haciendo la vivienda dentro, sistema que es lástima se haya abandonado.

Desde el principio hubo un exceso de producción, pero el yeso era de superior calidad y los yeseros, aunque con muchas fatigas, hallaron fácil acomodo para su producto en los pueblos de la comarca, especialmente Tomelloso, que está todo él construido con yeso de Alcázar. Por espacio de muchos años, la calle de los Yeseros se vió cruzada a eso de las diez de la noche por una fila de carros de lanza que iban a amanecer a Tomelloso, para vender en la plaza y volver a dormir a Alcázar. Las yuntas que soportaban vida tan dura estaban escualidas por el mucho trabajo, el poco descanso y el mal alimento. Su aspecto creó el dicho vulgar de «tienes más hambre que el borrico de un yesero».

La Estación hizo que la calle de los Yeseros tuviera cierta prestancia en su entrada desde los primeros tiempos; con el Cuartel de la Guardia Civil tal cual está, las casas de Carrero, la manzana construida por Gabriel Mata, la de Cristóbal a continuación y enfrente la de Rafael «el Galgo», padre de Estanislao Utrilla, hoy propiedad del Sr. Carballedo. La vida ruda y memorable estaba en el resto de la calle y campo colindante, desde el mismo hastial de Carballedo, que empezaban los alcaceles del tío «Rufao» —mi abuelo— sembrados de cebada.

Vicente Carabaño —un hombre de verdad— hizo gran favor a la calle construyendo su magnífica casa. Junto a él, donde luego hizo Morugán la casa que hoy ocupa el Dr. Cabanas, estaba el horno del tío Periquillo y su numerosa prole; hombre rebajote, más tieso que un ajo y más templado que un gallo. Por detrás salía «Pistaño» y a continuación los hornos de los «Cupidos» —Cayetano, Antonio y Vicente— y siguiéndolos «el Perrón», junto a «Tachuela» —zapatero y primer industrial que llegó al barrio, hermano de Quintanilla el barbero—.

En la acera de enfrente destacaban Pedro «Jaranda» y «Colilla», cuyos hornos se conservan, «el Chingao» y en la esquina del callejón del Codo, sin ser yesero, vivían Hilario, «el Repretao» y «la Caguina», de grata memoria, cuyo apodo es harto expresivo de su constitución: de poca alzada, pero «repretao» como la sal, fuerte como el acero y más bueno que el pan.

Por los alrededores había muchos hornos. Los otros «Jarandas», Lázaro y Benito Lagos, «los Boleros», Matías Tajuelo, Nicanor, «el Zorruno», «el Canijo», «el Pelao», «el Mono», «Pirralda», «Faco el del Medio», Leandro y tantos otros cuyas vidas recordamos con cariño y reputamos como heroicas porque heroísmo y no escaso es hacer frente dignamente a una existencia llena de penalidades.

Las mujeres tomaban una parte activa en todos los trabajos de la yesería menos en los acarreo reservados exclusivamente al hombre. Descalzas de pie y pierna, como solía decirse, con su chambra y su saya camisonera, se las veía enhornar, quemar, moler y envasar constantemente con mucha disposición y no mucha gana de bromas ni buenas pulgas. Casi todas tenían en su trato la asperidad del material que manejaban y la rudeza que su vida les imponía. ¡Santas mujeres de los yeseros, cuya única expansión era echarse a pierna suelta en el suelo mientras el hombre iba camino del Tomelloso, después de un día de sofocación!

Las Quintas

Antes de ser obligatorio para todos el servicio militar, el momento de las quintas tenía gran importancia y acarrea en los pueblos desavenencias enconadas, desenvuel-

tas con agudo apasionamiento que no se extinguía fácilmente.

Eran motivo fundamental de encuentro las exenciones, impugnadas sistemáticamente por aquellos a quienes habían correspondido números dudosos o aproximados al probable cupo de hombres solicitado por el Gobierno.

Cualquier detalle deja en los pueblos rencores arraigados y este de las quintas tiene a su cargo hasta tragedias, pero Alcázar, ejemplar en tantas cosas, no descendió nunca tanto y si bien se conocieron algunos disgustillos, no llegó a los extremos de otras poblaciones, pues hasta los mismos que eran combatidos se daban cuenta de las cosas y veían tan natural la oposición como su propia defensa.

En cambio, todos los demás ingredientes de la quinta eran agradables dentro de la pena que nos era habitual, la pena famosa que se comprendía en la conocida expresión de: «¡Ay qué pena, lo que hemos bailao!».

La quinta empezaba a manifestarse en la Pascua, agrupándose los mozos del reemplazo, que no perdían día festivo ni noche de víspera para bromear por todas partes hasta el momento del sorteo que congregaba en la Plaza medio pueblo, estando reunido el otro medio en la casa de los quintos con la zozobreja y la ansiedad de la suerte. Puede decirse que nadie dejaba de participar activamente en el acto por no ser posible la indiferencia en un ambiente tan caldeado.

El encargado de echar la suerte por el balcón del Ayuntamiento era Vicente el pregonero, hombre gordo, de andares rápidos y movimientos ágiles, que le bailaban las carnes. Su barriga era tan saliente que entre ella y el tambor eran más largos que el cuerpo y necesitaba llevar los brazos bien estirados para redoblar convocando al vecindario al «echar los bandos».

De vista trocada, pero de excelente carácter, le hubiera gustado echarles a todos el último número.

Las cuadrillas de quintos pasaban cantando:

Este es el Ayuntamiento.

El Ayuntamiento es este,
donde me tienen que echar,
mi buena o mi mala suerte.

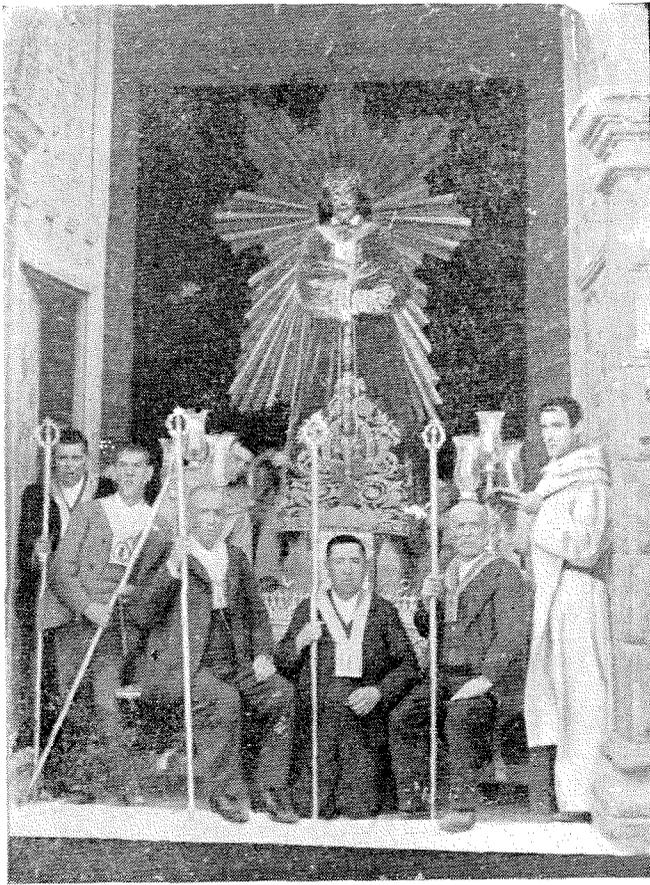
En la Plaza no cogía una naranja ni se oía una mosca cuando Vicente decía un nombre. Cuando volvía a salir para decir el número no podía remediarse y antes de sacar el cuerpo hacía algún gesto o movimiento significativo de cabeza, indicio suficiente, si era favorable, para que se produjera el mayor tumulto de gritos, voces y carreras de los familiares, amigos o vecinos del agraciado, deseosos de llevar la noticia a su casa y a la novia, hacer el zurra y pasarse el día comentando las sensaciones experimentadas en ese momento.

Las incidencias de la quinta se prolongaban mucho. Acabado el sorteo, como pasa con la lotería, se iniciaban las cábalas para ver de librarse y la gente se pasaba la semana haciendo cuentas con el domingo siguiente que eran las exenciones, con los cupos probables y en último caso con los destinos más favorables, si no había otro remedio, aunque siempre hubo el de comprarse por seis mil reales.

El pueblo entero estaba un mes pendiente de la quinta, y como consecuencia, los mozos que sorteaban alcanzaban una consideración increíble, siendo agasajados por todo el mundo; tenían que comer un día en cada casa de la familia, las visitas y cumplimientos múltiples eran inexcusables. El equipo que estrenaba el mozo ese día «de todo a todo», era el máximo que se podía en la casa y las novias echaban el resto con ese motivo siendo su fuerte los pañuelos bordados, las cadenas del reloj y los amuletos de la buena suerte, que le colocaban en los interiores la noche de la víspera al abrigo de la manta.



Es una suerte poder ilustrar esta página lugareña con un quinto de tanto valer y una obligación reproducir su fotografía como complemento de otras que se publicarán, de este singular alcazareño que se llama Félix Peñuela, D. Félix Peñuela, porque Félix tiene Don y USIA, ganados con su esfuerzo y el grado de Doctor en el libro de la vida, que es el que más enseña y el más difícil de aprender.



Devoción

El Jesús de la Trinidad, imagen antigua cuya expresión dolorida conmovió a los alcazareños muchos años, estimulando su devoción, que fué general y profundamente sentida.

Ya aparecieron otras fotografías de aquella imagen en los primeros fascículos, tomadas en Viernes Santo. La que publicamos ahora se ve que está hecha en día de más regocijo y de mejor temperatura, como fué siempre el de la Pascua de Jesús.

La imagen se halla en la puerta de la iglesia, con los Mayordomos de aquella época y que son de izquierda a derecha Francisco Morales, el de la tienda del Arenal, Juan Antonio Villacañas, «El Sillero». Luis López, el hijo del tío Pedro, el herrero del Arenal, conocido después por Luis el de Carabina por su matrimonio con la hija del hermano José María, Magdaleno el Carpintero, El Rulo, el albañil. (Manuel Román) El Padre Juan. Detrás de Luis López el

Padre Alfonso y más dentro que éste el padre Hermenegildo.

La túnica que lleva la imagen fué regalada por Isabel II el 21 de Marzo de 1862.

Había en Alcázar un Capellán muy diligente, D. Fernando Romero, que aprovechó el paso de la Reina hacia Alicante, en el mes de Mayo de 1858, para entregarle un memorial solicitando que obsequiara a la imagen con una túnica, por estar muy deteriorada la que tenía y carecer de recursos para comprar otra. S. M. accedió en el acto a la petición, quedando todos sorprendidos y agradecidos de tan repentina concesión.

El Jefe de Telégrafos de aquella época D. Pedro Franco, estaba casado con D.^a Genara Medina que había sido azafata y conservaba alguna relación en Palacio, y en Diciembre del año 1861 tuvo noticia por las bordadoras de que estaban terminando la túnica y de la conveniencia de que prepararan una urna para guardarla, cosa que se hizo inmediatamente.

Según el informe de las bordadoras D.^a Rosa y D.^a Margarita Gilart, emitido al entregarla en la Iglesia de la Trinidad, en la fecha arriba indicada, la túnica era de terciopelo morado, forrada de gasa del mismo color, de una vara y siete octavos de larga por cuatro varas de vuelo en la parte inferior, todas ellas ricamente bordadas con una guarnición de oro a medio relieve, de un dibujo estilo Renacimiento, de una vara de alto en la parte más ancha, en la que se veían algunos grupos de atributos de la Pasión de N. S. y además otros bordados también de oro en la escotadura de las mangas y en el pecho un escapulario bordado también de oro sobre raso blanco con guarnición en sus dos caras y en el centro de cada una el distintivo de la Esclavitud, un precioso cordón de oro en representación de la soga, que tiene seis varas de largo con dos magníficas borlas de caneloso de oro en los extremos y otro cordón llamado de mano con cinco tubos bordados de oro en representación de las cinco llagas de N. S. y una magnífica borla de canelones de oro en una extremidad y en la otra un pasador para sujetarlo a las manos del Señor.

El acta de entrega la firmaron las bordadoras D.^a Rosa y D.^a Margarita Gilart. El Capellán de la Iglesia de la Trinidad D. Fernando Romero, D. Inocente Alvarez de Lara, caballero de la ínclita Orde

de San Juan de Jerusalén y Alcalde presidente del Ayuntamiento constitucional de esta Villa. El muy ilustre señor D. Juan Bautista Berenguer, Vicario eclesiástico diocesano del partido y D. Jonás Alvarez Navarro que dió fé.

La Hermandad correspondió a la Reina, nombrándola Hermana Mayor honoraria y por este hecho se tituló desde entonces REAL HERMANDAD DE JESUS.

BENIGNO "EL CARBONERO"

Excelente tipo alcazareño, cuyo verdadero nombre era Benigno Lizcano Serrano, bondadoso y jovial, que conquistó la simpatía del pueblo en la «rifa» de Jesús, donde acreditó largamente sus envidiables cualidades de animador de fiestas y lo que es más arduo, estimulador de las pujas de la subasta.

Conocedor del pueblo y amigo de todos, cuando veía frialdad en la concurrencia comprometía personalmente a los asistentes a carcajada limpia, incluso excitando el apetito como cuando le quitaba una pajarilla a un hornazo y se la comía, ponderando a gritos su buen sabor.

De mediana estatura, grueso, colorado, de voz un poco atiplada pero no desagradable, se ponía en el tablado con un cordero entre las piernas y cantando: «70 reales dan, poco es, ¿No hay quien dé mas? ¡70 reales!» —aquí ponderaba las condiciones del cordero y se dirigía a uno; «¿Digo 80, Perico? Perico se encogía de hombros sonriendo, pero Benigno no retrocedía: «80 reales da Perico, ¿no hay quien dé más? Poco es, es un primal para una boda. ¡80 reales! ¿Digo 90, Manuel? Y así hasta acabar con todos los corderos, gallos, palomas, quesos y cuantos presentes hacían los fieles a Jesús en el día de su Pascua, sin que decayera el interés del público el largo tiempo que duraba la rifa. Ese era el mérito de Benigno; mantener embelesada a la multitud que muchas veces iba por «oir» la rifa, cosa que se apreciaba bien al acabarse, observando a la gente deseosa, como cuando se acaba la pólvora si es hermosa. Benigno lo sabía y excitaba los ánimos echando un trago de zurra con el último palomo en el aire:

—¡Vamos muchachos, para la novia, que hasta el año que viene no vais a tener otra ocasión!. ¡Cinco reales! dan por este palomo ¿No hay quien dé más de cinco reales? que se va a acabar. ¡Ahí va, Juanete, para tí el último palomo!

La Virgen de las Dolores, en la Procesión del Viernes Santo, cruza la calle de Almagueta desembocando al Altozano.

Pedro Morales, al frente, renguea, luchando con los dolores de sus rodillas, propios de los gordos, y las desigualdades del piso. Magdaleno el carpintero, —Magdaleno Alaminos Palomo— le acompaña y como miembros de la Junta, ambos van de capa, con escapulario y cetro

A la derecha, la casa de Púa (José Flores) hombre que crió y colocó una gran familia que lo consumió totalmente, como a la Eduarda, su mujer.

A la izquierda la casa de la Simona, primer gran patio de taberna cuando estos establecimientos no tenían puerta especial a la calle y se mandaban por la de la casa. La Simona, fresconaza, dispuesta y trabajadora, acreditó la taberna mejor que cualquier hombre y ganó mucho dinero, del que no gozó más que lo que disfrutó



agenciándolo con su trabajo, digno, meritorio y reconocido por todos.

Ese día, después de la procesión, a la que era de precepto asistir, así como de rigor el uso del sombrero y de la capa, los tíos se reunían antes de la comida, —única vez en el año— para echar el truque y se jugaban media torta de bizcocho, cosa que no solía **ventilarse** tampoco más que esa mañana y no se la comían, sino que la llevaban a su casa, para alegría de los chicos.

Cuando la fotografía corría ya el año veinte.

El pueblo sigue respetuosos las imágenes acompañando alternativamente a Jesús o a la Virgen y precisamente la salida a las anchuras del Altozano era uno de esos momentos favorables al cambio, muchos de los que habían llegado con Jesús esperaban allí a la Virgen para acompañarla después y los que venían con Ella desde lejos se apartaban en esta plaza por seguir a Jesús.

Procesión solemne y sentida la de la Virgen, en la que el dolor maternal parecía imponerse a lo largo del camino.

RELIGIOSOS DE ALCAZAR

Reverendo Padre Félix Huertas y Abengózar

Nació en Alcázar el 30 de Enero de 1865, muriendo el 12 de Febrero de 1935, a los 70 años, en Madrid.

Los que no le hayan conocido deducirán por la fotografía que se trata de un alcazareño auténtico, que no en balde hizo sus primeras armas con la cayada del pastor guiando ovejas. Hombre fuerte, biológicamente opulento, de buen yantar, que todo lo veía de color de rosa y con tan ostensible optimismo que mereció de sus paisanos el cariñoso sobrenombre de «Risitas» porque siempre estaba riendo, privilegio de personas saludables y satisfechas por naturaleza, que les hace fácil la vida, aun en circunstancias adversas como las que indudablemente afrontaría en las fundaciones de Barcelona, Belmonte, Antequera y otros.

Cantó misa en Alcázar a los 23 años. Fue profesor de Teología e Historia Eclesiástica



y desempeñó muchos cargos dentro de la Comunidad. Fue Provincial varias veces y Prior de distintas casas, distinguiéndose siempre por su bondad.

Contra lo que suele creerse,

los religiosos quieren y recuerdan siempre a su familia más que los seglares y en el Padre «Risitas» ese sentimiento hallaba amplia manifestación cuando venía al pueblo, en las honestas y alegres fiestas típicas que organizaban en casa de su padre con bailes de jotas y rondeñas.

Lo recordamos de verlo pasar por la calle Ancha a casa de sus parientes los de Antonio el Galgo, siempre con las gafas negras, por tener los ojos tiernos, como el Galgo de la Carrasola, su primo y como él con el vientre prominente, el andar pausado, bambolcante, la risa en los labios y la simpatía reflejada en su rostro lleno de bondad.

Llamada de las alturas

Cierto mozo viejo solía ir a su casa «caliente» y pasar gran rato trasteando antes de acostarse.

Los padres, que dormían encima, testimoniaban su intranquilidad y su deseo de verlo acostado dando golpes en el techo de la habitación. Alguna vez, el padre amenazaba con bajar y el hijo mirando al techo decía: «¡Baja si quieres, Currillo!».

Cofres vacíos

El cofre de la época novocentista era el mueble en que se guardaba la ropa de la casa. Antes, se usaban las arcas, y después, los baúles.

Las arcas eran verdaderos cajones, mayores o menores, con patas, hechas de madera fuerte, con tapa lisa, rectangular y bordes más o menos salientes y adornados, generalmente sin pintar y con cerradura al centro.

Los cofres eran mayores, del largo de los ataúdes, a los que se parecían, pero más altos, de iguales dimensiones en los dos extremos, con la tapa abombada en el centro. No tenían patas y para aislarlos de la humedad del piso se les ponía un banquillo a cada lado. Solían estar forrados de badana o pintados y adornados con listones sobrepuestos. Tenían asas en las cabeceras, a veces de la misma badana y dos cerraduras a los lados o una al centro. Sus dimensiones permitían guardar las ropas casi extendidas, con el mínimo de dobleces.

Con los baúles se volvió otra vez al típico cajón y se le forró de chapa coloreada, utilizándolos para guardar toda clase de objetos, por lo cual se les llamó baúles mundo.

El cofre solo se destinaba a la ropa y a los cuatro papeles importantes de la casa: la hijuela, la cédula personal, el recibo de la Contribución y alguna obligación, que colocados en una cartera de larga y sebosa correa, se metía por un rincón entre las ropas.

Los cofres eran una verdadera reserva familiar, guardadores de prendas de valor de varias generaciones; dotes antiguos, la capa del abuelo, encajes irrompibles, pañuelos alfombrados, de Manila, de ocho puntas, de merino, trajes de casar, juegos de cama, sayas y corpiños diversos hechos de tejidos tan sólidos que podían estar guardados años y años sin que sufrieran deterioro y de hecho se sacaban tan excepcionalmente, que hasta en el vocabulario dejó su huella tal costumbre hablando de sacar el fondo del cofre cuando había necesidad de solemnizar un acto trascendente o de buscar una cosa con interés. Corrientemente mirar en el cofre era levantar la tapa y un poco la ropa por los extremos.

Ya no se ven cofres y la mayoría de los que quedan están en los desvanes llenos de arañoses panzudos, de esos que están en los agujeros y en cuanto sienten la tela que se mueve salen veloces a devorar la presa.

Los cofres se han arrinconado por innecesarios. Eran una reserva familiar y juntos constituían el caudal de un pueblo, pero el gusto de la época va contra esas previsiones y se atiende a las cuestiones de momento, viviendo al día. Dentro de los cofres solo quedan telarañas y entre ellos, sepultada, la sombra de una virtud extemporánea.



Esta fotografía en la que están Juan y la Juana Atienza («Juan el de las garrotas») de chicos, con sus padres y hermanos, es un documento fehaciente de la indumentaria de la época. Manuel, el padre, lleva un traje de los llamados de *tricot* a todo lujo, con el cuello de terciopelo, como era corriente y la faja nueva que lo envuelve desde la ingle hasta el sobaco. Los chicos, vestidos de hombres y el mayor, incluso, con su gran faja. La madre, opulenta, podría cubrirlos a todos con el halda aunque no hacía falta, pues como puede verse, tampoco se escaseaba el paño para vestir a los chiquitines.

QUIJADAS DE PEDERNAL

Julián Villajos Lijero, conocido por el «tío Pajón» era el genio alegre y dicharachero del Toledo, rebajote, mueso, que se hacía el gorro con moña sobre la frente, sin ningún hueso en la boca desde tanto tiempo, que nadie recordaba haberlo visto con dientes.

Cuenta Milagros que cuando Cándido Jaranda, «El Quinto», tomó «en cá» «el Civil» la yunta torda que le robaron a los pocos días, estuvo en el alboroto el «tío Pajón» con Benigno «el Carbonero» y otros amigos de risas tan estrepitosas como las de ellos. Como se trataba de comer y beber, le urgaban a «Pajón» llamándole boca de zumaya y él se apostó a comer castañas pilongas. Les dió ventaja y al final se las tragó todas enteras, ganando la apuesta a los que doblaban las perrillas de un mordisco.

Sus encías no desmerecían en dureza al lado de muchas dentaduras de patata y su «gaznate» daba de sí más que una calceta.

El Arenal

ANTES del arreglo ideado por «Estrella», El Arenal, dentro de ser la más espléndida plaza del pueblo, era el colector de las aguas y residuos del sector Norte de la ciudad, cuya corriente natural va por allí, cruzando la bocana anchurosa y magnífica de la hermosa calle de Toledo hacia el arroyo de «La Veguilla».

El piso de las calles afluentes — Cruz Verde, Altillo Soria, Santo, callejón de la calle Toledo y Arjona (la Rondilla y Aduana no corren hacia allí—tenían un piso de guijos, descarnado por la lluvia y la escoba implacable de las vecinas, que se clavaban como cuchillos al andar.

El espacio que ahora ocupa la glorieta y la depresión que la circunda, estaba ocupado por un inmenso barrizal todo el invierno y por un terraguero que nadie comprendería ahora durante el verano.

Este factor imponía sus condiciones en la vida de la plaza, influyendo no poco en su carácter, pues la gente no podía ir más que por las aceras y en cuanto a los estacionamientos eran más limitados que en otros puntos a pesar de ser paso obligado de muchos vecinos para ir a la Plaza.

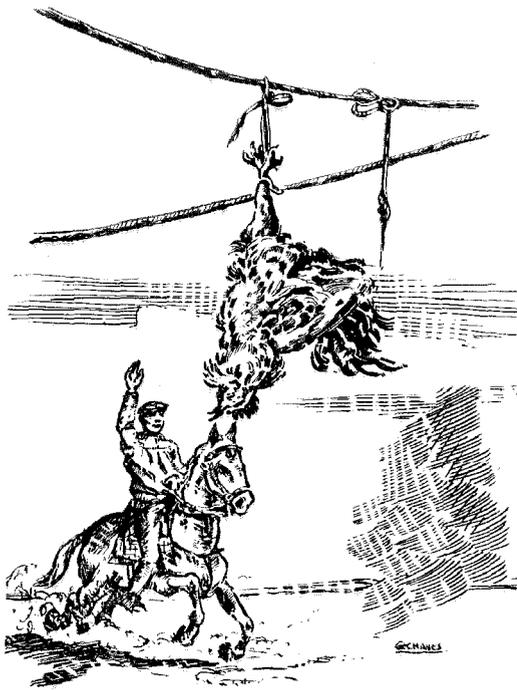
La corriente estaba mucho más próxima a la acera del Norte que a la otra y el barrizal se extendía predominantemente desde la esquina del «Cabezón»—(Antonio Quiralte, que tuvo tienda y estanco donde después estuvo Andrés Escudero y luego Pablo Fuentes)—hasta la casa de «Rengue». En esta acera estaban «el Orejón», (Bautista Ropero); el hijo del «Cobetero», (Basilio Muñoz); el hermano «Borrogo», (Tomás Mazuecos, hermano de mi abuelo «Rufao»); «Pajón»; Bartolo «el Cuco»; Manuel Comino el hijo del «tío Pellas»; la fragua del tío Pedro, (Carriles); «las Bolas»; el hermano Benito Mazuecos; la casa de «Calzones» y la de «Tinajillas» (Toribio Montealegre, hermano de la Cayetana, la posadera de la Plaza). A continuación de este, vivía «Catrado» (Alejandro Mazuecos), y allí se criaron Lucio (Boina) y sus hermanos; la casa tenía dos plantas sin comunicación regular; sin escalera para subir, ni puerta para entrar arriba. La única comunicación era una piqueta por la que subían gateando. Después de estos, estaba la «tía Patatera» y su yerno, Raimundo Barrilero, hermano de «Juanaco», con el horno.

Como decimos, la gente se estacionaba poco en esta acera «por su mala orilla», la que no impedía al hermano «Borrogo» salir descalzo y en calzoncillos todas las madrugadas a ver lo que hacía el tiempo.

En esta acera había un casinillo resguardado; la fragua del tío Pedro, que tenía un fogón en la calle para los trabajos fuertes. Allí se criaron Luis, «el Herrerillo», al que después se conoció por «Carabina» por su matrimonio. Esteban, al que decían «Perniles»; Florencio, «el Gancho»; y Cefirino «Canana» que se unió después totalmente a las tortas, pues todos dejaron el oficio.

El verdadero centro de reunión estaba enfrente, en la zapatería del «Cojo Coraza», uno de los hombres de mejor carácter que ha tenido Alcázar, cuyas carcajadas continuas se oían en todo el barrio. Era soltero y vivía con otros dos hermanos, también mozos, y de una bondad insuperable, «Berruga» y «la Morena».

Detrás de la mesa del tirapie, tenía un retrato de Costa, al cual se parecía por su gran torso, la gran cabeza aunque sin barba y la flaqueza de sus piernas. Allí se leía el papel a diario, se



Así se corrían los gallos el día de San Sebastián, después de subir el Santo.

La figura caballística era entonces Anacleto Lizcano, hombre rumboso que había servido en Caballería y conservaba gran afición a los caballos y los andares y arqueo de piernas de los caballistas.

Por contraste iba el «tío Pollo» con su borriquilla y el gallo debajo del brazo, que decapitaba al llegar debajo de la soga y lo arrojaba al suelo.

Más o menos gallardas eran reminiscencias de las antiguas ofrendas que han caído en desuso.

arreglaba el País un poco y se pasaba el rato mejor que en ninguna parte. ¡Pero qué buena gente había por allí entonces!

Más abajo estaba la esquina llamada del látigo, por la tertulia de viejos criticones que se juntaban allí con Francisco Morales, «Tizones» Julián Sierra, «Borrego», «Cascabel», «el Vencejo», Correas y otros tranquilones de aquellos, que les salía todo por una friolera. De entre ellos, sobresalía la cara angelical de la chica de Francisco — Genoveva — que iba a por los churros al puesto de «Tintín» ¡Pobrecilla!

Por esta acera, más alta, más ancha y más limpia, era el tránsito habitual. Siempre recordamos a la tía Marcelina «la Morcillera», tan menuda, arrugada y corcobada, cobijada con su saya y el saquillo de los embudos debajo del brazo, corriendillo para llegar antes que el matador y que bajaba por allí del Altillo Soria. Además de las matanzas en la Pascua, la tía Marcelina tenía excelencia para decir el Rosario todo el año. Se decía que no había quien lo rezara mejor. Sin prisa, sabiendo esperar y empezando siempre con toda precisión y agregando después de concluir, infinidad de oraciones tan hermosas por el alma de los difuntos, muy bien dichas, y que alcanzaban en la estimación de las gentes más importancia que el Rosario mismo.

De la calle del Santo, bajaba un grupo de arrieros muy vistoso. El tío Lucio y el tío Marcelo Vaquero; Francisco Antonio, «El Niño»; Ambrosio Correas; Zarco. . La calle siempre hermosa tenía a la izquierda de su entrada la casa de Diego «el Galgo» — pastor, pausado, con mucha familia — y a la derecha la de Manuel Castellanos, hombre letrado y cabal, con más familia que Diego y una tienda que llevaba la Amalia. En estas esquinas se ponía la sogá para colgar los gallos, que se corrían el día de San Sebastián, escena que no hay por qué describir.

El alto de la calle estaba dominado por el molino de aceite de «Tizones» y la ermita del Cementerio, donde ponían el Santo, pareja de otra ermita que había en el cementerio de San Juan, detrás de Santa María, pues cada Parroquia tenía su cementerio.

Más allá de Manuel había tres casinillos de menor cuantía; la carpintería del «Rulo», la barbería de Segovia, famosa por los repelones y por la habilidad del maestro para hacer la barba con una sierra, según decían, y la zapatería de «Ojos de Rana» donde se estacionaron fijos un grupo de guasones que espantaron la parroquia de la tienda.

Al evocar hechos y personas de nuestra infancia, que a muchos parecerán fantasmas, no podemos separarlos del sitio en que vivieron, al que imprimieron el sello de su vida y del que recibieron facilidades o limitaciones.

No se comprende a aquellos hombres separados de su ambiente, ni en aquel ambiente hubieran podido vivir más que hombres como aquellos. Pero ellos murieron todos. De sus moradas no queda ni una. La plaza solo conserva sus dimensiones, la geometría. Pasemos a otro asunto con la calma y tranquila resignación con que lo hubieran hecho los soberanos escépticos que en la esquina del látigo vieron pasar la vida sin maltratarla, ellos que fustigaban a todo el mundo y no se perdonaban nada entre sí. ¡Qué almas de cántaro, Santo Dios!

Hogueras

SON las hogueras alcazareñas indicio de festividad, que se prenden al toque de oración la noche antes del día que se celebra, en lo más crudo del invierno, por lo que constituyen motivo especialmente atractivo para todos los vecinos que no sienten pereza al abandonar la lumbre de sus casas y salir a dar cuatro saltos y comentar las incidencias de la **guera**.

Esta especie de reseña o anuncio de fiesta es casi exclusiva del invierno en Alcázar y especial de los días de San Antón y San Sebastián.

Antes era muy sonada la de la víspera de las Cruces, en el Cristo Villajos, barrio jaranero por excelencia, que se complacía en achicar a los otros tres Cristos — Zalameda, Cruz Verde y de la calle de Toledo — que compartían con el de Villajos la atención del vecindario en tan señalado día.

Las **gueras** se nutrían de la aportación de cada vecino, cuya generosidad era solicitada por los chicos del barrio correspondiente, que estaban todo el día pidiendo gavillas por las casas.

Siempre se ha hecho una hoguera grande en el lugar de la fiesta, pero la víspera de San Antón, aparte de la de Santa María, pocos vecinos dejaban de quemar unas gavillas en la puerta de su casa como ofrenda al Santo protector de sus animales.

Esta extensión de las hogueras, alcanzaba un poco a San Sebastián tres días después, el 19 de Enero. En los demás Santos se circunscribían al lugar de la fiesta.

El mayor deseo de dar brillantez y animación al día de San Sebastián ha aminorado su timismo, pues ha hecho la fiesta tan movable, que nunca hay seguridad de su celebración y tienen que comerse lo del horno para que no se endurezca o dejar de cocer. Se echan menos hogueras en las puertas. No se hacen pajarillas y, sobre todo, no se sube al Santo cuando nieva y el aire helado espabila a la gente y encabrita a los caballos para entrar en calor, como ocurría en la época de Anacleto, cuando si se subía al Santo, se comía arroz y gallo muerto y si no arroz y «saura».

LOS QUE BRILLARON FUERA

El General Manrique de Lara



COMO el pintor Lizcano, el General Manrique de Lara en cuyo pecho decía D. Juan Guerra que no había espacio bastante para colocar las condecoraciones logradas por servicios de campaña, desenvolvió su vida tan íntegramente alejada del pueblo que puede decirse no volvieron a él, ni uno ni otro, desde su primera y quijotesca salida.

D. Juan Manrique de Lara y Giménez de Melgar, nació en Alcázar el día 1.º de abril de 1844. Le decían «Larilla» y el 27 de septiembre de 1860 sentó plaza de soldado voluntario sin opción a premio, en el Regimiento de Borbón, que estaba de guarnición en Madrid. En marzo de 1861 pasó al Regimiento de Saboya, a Zaragoza, ascendiendo a Cabo 2.º y un mes después y en Agosto a Cabo primero.

En enero de 1863 ascendió a Sargento 2.º, pasando al Batallón de Cazadores de Simancas, que estaba en Sevilla, marchando aquel año a Ceuta con su Batallón.

El año 1868 fué ascendido a Sargento 1.º y el mismo año tomó parte en la batalla de Alcolea, a las órdenes del

General Serrano, siendo ascendido a Alférez sobre el campo de batalla. Al año siguiente marchó a Cuba con su Batallón, que se ofreció voluntario y allí llevó una vida de Compañía activísima, desde el primer día en combates continuos y distinguiéndose constantemente hasta que el 1871 se le concedió el grado de Teniente por su comportamiento en el encuentro del desfiladero de las Azules, la Cruz Roja de primera clase de Mérito Militar y mención honorífica por otras acciones diferentes y se le abonó un año para optar a las condecoraciones de la Orden de San Hermenegildo. En esa fecha prestó juramento de fidelidad a la Constitución y al Rey D. Amadeo I.

Pasó en continuo batallar los años 72 y 73 y el 74 como jefe de guerrilla en los montes de Quebra del Acho, Derrumbaderos, Dula y Palmoritos, siendo recompensado por el hecho de armas con el grado de Capitán, revalidando el empleo de este grado con nuevos hechos de armas en los Pendejeros, y Santo Cristo, también como jefe de guerrilla.

El 1875 quedó defendiendo el Departamento de Cascorro. El 1876, después de recibir varias condecoraciones, formó parte como jefe de guerrilla de la columna del Comandante General, interviniendo en una acción muy dura con fuerzas muy superiores, que rechazó en Peuseivos. En este año se le concedió el grado de Comandante y seis pasadores en la medalla de Cuba. Siguió en operaciones y en enero de 1877, contrajo matrimonio en la Iglesia Mayor de Puerto Príncipe con doña Clara González Hernández, natural de dicha población. En esa época se le concedió el grado de Teniente Coronel, continuando en operaciones de guerrilla hasta final de año, que empezó a desempeñar el

cargo de Ayudante del Brigadier D. Federico Esponda, pasando después a operaciones como jefe de Batallón, abonándosele otro año para las condecoraciones de San Hermenegildo,

En 1879, siempre sin dejar de combatir, estuvo a las órdenes del Coronel D. José Mantilla, mereciendo varias condecoraciones, entre ellas la Cruz sencilla de San Hermenegildo. El 1880 se le concedió el grado de Coronel, en recompensa del mérito que contrajo en la acción de San Martín de Vioya, pasando al año siguiente, 1881, a la Península, desembarcando en Santander el 3 de octubre, quedando de reemplazo en Alcázar de San Juan hasta fin de año, pasando al siguiente al Regimiento de San Marcial en las Provincias Vascongadas.

El 1883 quedó de guarnición en Madrid, autorizándosele en esa fecha para usar los apellidos Manrique de Lara y Giménez de Melgar, en lugar de Lara Giménez. Al final del año pasó a Cuba nuevamente como Ayudante de Campo del Mariscal de Campo D. Manuel Armisian, pasando varios años de guarnición en Puerto Príncipe.

Ya en la Península desempeñó varios cargos con mando, siendo Gobernador Militar en Castellón de la Plana y Sevilla y desde el 1913 fué Consejero del Tribunal Supremo de Guerra y Marina hasta el momento de jubilación por edad, el 1917, con la categoría de General de División. Falleció en Madrid el año 1922.

A pesar de su alejamiento, en Alcázar no se le olvidó nunca. Se siguió su actuación con la mayor simpatía y a su muerte se perpetuó su recuerdo dando su nombre a la antigua calle Machero.

Su familia, que es la de Emiliete Ortega, tuvo grandes deseos de que tan ilustre hijo de Alcázar hubiera pasado en el lugar alguna temporada, pero nunca se concertaron las circunstancias favorablemente para que el tío Juan José volviera a ver las bardas de las corralizas que le vieron marchar animoso como bisoño, en busca de una mochila de soldado de las que llevan dentro bastón de Mariscal para los que saben y tienen el valor de conquistarlo, como hizo nuestro paisano, que tuvo, además, mucha disciplina, mucha instrucción, ninguna falta en el servicio, 1.650 m. m. de estatura y tan solo quince días de licencia por enfermo, en toda su vida.

Método y clasificación alcazareños

“EL Piti» primitivo legó a sus descendientes unos breves apuntes que él usaba para manejarse, muy curiosos y útiles para el conocimiento de la vida de entonces, que es la de siempre con su continuo oleaje que viene y va.

A las tinajas de la bodega en el año 1864, les echó la quinta parte de casca y le salieron bien; las distinguió de la forma siguiente: La del rincón de la ventana, de 165 arrobas, 33 cubos de casca.

La del otro rincón, 136 arrobas, 26 cubos.

La que sigue a estas, 133 arrobas, 25 cubos.

La de junto al pasillo, 60 arrobas, 12 cubos.

La de en medio, 70 arrobas, 14 cubos.

La del rincón de la calle, 60 arrobas, 12 cubos.

La pequeña, 40 arrobas, 8 cubos.

El año 1865 hizo unas mantas blancas y negras que le originaron los siguientes gastos:

Dos arrobas de lana negra.. 200 reales

21 libras de lana blanca..... 100 »

De lavarla y escardillarla.... 10 »

De 10 libras de aceite..... 20 »

De cardarla... 55 reales

De aguardiente y vino..... 10 »

De hilarla..... 44 »

De tejerlas..... 40 »

De batanarla..... 34 »

TOTAL..... 513 »

Vinieron del batán, 26 y media varas y salieron a 17 reales y pico.

Tiene registradas las nevadas de Diciembre y Enero del año 70, como nunca vistas en esta tierra, ni por los muy viejos, calculándose de media vara de altura por igual la del 6 de Diciembre; de media cuarta la del 28, que duró hasta el 2 de Enero y la del 25, cuyos copos eran como tomates de tres libras, aunque cuajó poco por caer con blandura.

Los años 73 y 77, hubo nubes malísimas que arrasaron nuestros campos con sus pedriscos.

El 25 de marzo del 67 compró dos cerdos a José Marcos de León. Los ajustó al fiado en 250 reales. Los pagó en su día y muertos por San Andrés, pesaron 22 arrobas.

HACE tiempo que la aceleración de la vida viene cambiando a nuestros personajes ferroviarios y el perfeccionamiento del transporte puede decirse que tiene decretada la desaparición total de algunos servicios para un plazo no muy lejano.

Estos elementos fueron también en su época factores de transformación profunda, si bien el sosiego con que se vivía la hacía menos ostensible. El acatamiento general que tuvieron en el mundillo local y la tolerancia para sus modos lo acreditan claramente, siendo el de las relaciones amorosas tal vez el motivo en que más se patentizó, pues por entonces todo proyecto matrimonial, próximo o remoto, tenía como requisito inexcusable la más cerrada oposición, la suspensión radical de toda relación entre ambas familias, por íntima que fuera antes, y la iniciación de un calvario angustiosísimo, sobre todo para la novia, cuyas dificultades para acudir a la cita eran de tal importancia, que algunos novios hablaban por primera vez cuando se juntaban en el altar. Esto, sin embargo, no era lo general, pues aunque fuera por la gatera o la ventana del pajar, junto al tejado, siempre se arbitrabá algún recurso para pelar la pava más o menos a deshora de la noche.

En aquel ambiente parecía que un novio de obligadas ausencias hubiera sido lo ideal para no tener que ocuparse de él, pero no fué así. Los padres empezaron a ablandarse, y el muchacho podía acercarse a la puerta en pleno día, como premio nada exiguo a su ajetreada vida, reconocida y proclamada por todos, con lo que el fogonero se ponía hecho un pavo real. Dentro de esto, la vanidad la cifraba principalmente en su trabajo, incluso los días de descanso, justo reconocimiento y valoración de los factores de su supremacía.

Uno de los detalles de que más se hacía depender la nombradía de un fogonero era el cuidado y limpieza de su máquina, labor sobresaliente que él brindaba a la novia, y por ella a todo el pueblo, en los descansos largos.

Se levantaba cuando ya estaba todo el mundo trabajando—por algo le tocaba de descanso—y, en traje de faena, se dirigía al Depósito, pasando por la casa de la novia, que, inquieta y emocionada, avizoraba su paso, aunque solo fuera para verlo desde la esquina. En este instante el muchacho cobraba los mayores ánimos para bruñir los dorados de la locomotora, que los dejaba como espejos, invirtiendo casi toda la mañana en este trabajo.

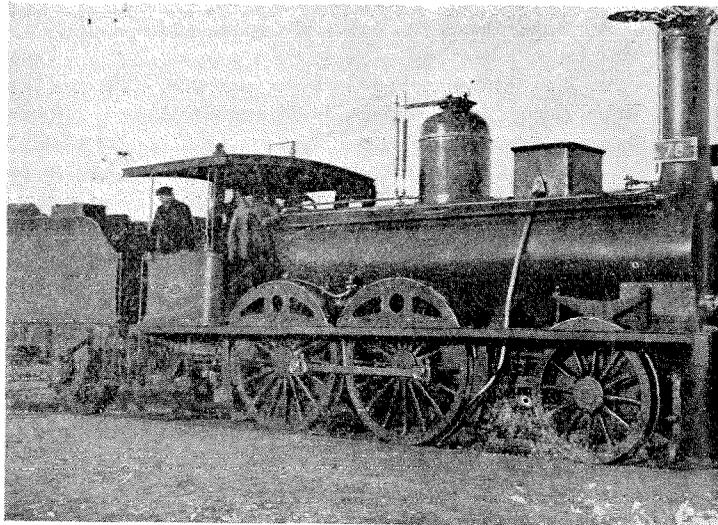
Alrededor del medio día salía con su lito de ropa, haciendo el mismo recorrido de por la mañana, y se dedicaba a su aseo personal. Comía, dormía un poco y se vestía majo, concurriendo a alguna tertulia hasta la hora de ir a ver la lista, y después a la novia, con mucho ojo, a pesar de la tolerancia, de que no le sorprendieran hablando el padre o los hermanos de la agraciada, porque solía haber leña.

Cuando después de un descanso se presentaba una máquina en el andén—y no digamos si se enganchaba en un exprés, donde siempre podía ir algún jefe gordo,—brillaban hasta las ruedas; se podía uno mirar en ella.

La gente lo comentaba. El buen nombre del fogonero cundía por la ciudad, y la locomotora, al tirar del tren, atronaba el espacio con modulaciones expresivas de su silbato, solo comprensibles para aquel corazón a que iban dirigidas, como despedida, y que eran escuchadas con gozosa melancolía por la moza desde el lugar de la casa paterna, que según el aire reinante, podrían oírse mejor, muy halagada de la inusitada comunicación.

Una de las ciudades que nutrieron abundantemente de personal el servicio de tracción en los primeros años del ferrocarril, fué Albacete y su ramo de navajeros, cuya importancia perdura.

En Alcázar hay varios apellidos, no solo arraigados, sino especialmente gratos, que proceden de ese acreditado gremio albacetense; sirvan de ejemplo Sarrión, Pilez y Correillas (Sebastián Correias Martínez) que lleva la máquina 78 en la fotografía que reproducimos, máquina de líneas airozas y gráciles, que, puesta a la cabeza de un tren, parece que no ha de poder arrastrarlo, pero que, como el hombre delgado con músculos de acero, no encuentra nada que se le resista. No se ha podido identificar al fogonero que acompaña a Correillas, pero es muy probable que sea Ignacio Villacañas, por el mucho tiempo que fué con él; lo borroso de la fotografía impide afirmarlo.



ALCÁZAR llegó a la mitad del siglo pasado en condiciones misérrimas, cuando hicieron la Estación. Ella y las viñas motivaron el cambio, que fué muy acelerado desde el principio. Sin duda por la gran necesidad, pues habían pasado muchos años—siglos—sin hacer una sola casa nueva y como las anteriores eran de adobes y tapial, puede calcularse el aspecto de miseria y de ruina que ofrecería la población; yo he conocido algunos rincones que me permiten comprenderlo.

Desde esa época se han reconstruido o hecho nuevas casi todas las casas del lugar, siendo manifiestas desde el principio las influencias de fuera en nuestras edificaciones, alterando la uniformidad, reconocible en todos los pueblos.

La casa antigua, adaptada a la labranza, tenía un gran patio a la entrada, con o sin porches, y la vivienda y cuadras dentro.

El estacionista, viajero y desentendido de la tierra, empieza a prescindir de lo que no necesita y a dejarse influir por motivos extraños que le encantan. Quitó el patio, hace habitaciones a la calle, donde pone adornos de hierro y un día se hace en la calle de la Estación «la casa del balcón corrido», alarde de forja único en Alcázar y visto Dios sabe dónde.

La Estación trae muchos técnicos que van sembrando ideas, esparciendo conocimientos, despertando iniciativas. Se hace la bodega del Marqués y «La Covadonga», de proporciones y orientaciones insospechadas en Alcázar.

La necesidad va imponiendo la albañilería.

Se hace el matadero, los cementerios.

Surgen los maestros alarifes, de los que destaca Jesús Lucas, que implanta la forma de casa más general de su tiempo; fachada a la calle, con entrada y huecos distribuidos simétricamente. Patio cuadrado con galerías y sin luces ni ventilación directa en ninguna de las habitaciones laterales.

La gente, considerando que para dormir no hace falta más que sueño, ocupa complacida esas habitaciones oscuras y se generaliza el sistema de construcción. Pero, claro, sigue soplando el aire de fuera. Empieza a verse alguna casa con verja y algún pequeño jardín o plantas sueltas.

D. Oliverio pone en Santa Quiteria la gran hortensia de su fachada. Se pica la gente y hacen obras excesivas, D. Luis, D. Marto. El Pasaje. Paco Escribano y otros mil. Viene Lizano y hace la casa de estilo andaluz de la Puerta Cervera. Se hace Villa-Martín en el Parque, se desgarran murallas y se ponen balcones y ventanas en todas partes. Se extienden los miradores, como observatorios cómodos, al amparo del aire, y se transforma la fisonomía de la población tomando este aspecto de mosaico alicantino, abigarrado y superfluo, totalmente inevitable cuando no hay un criterio general fraternalmente llevado que unifique en favor de la ciudad las tendencias individuales.

Hermosa confianza del lugar «LA Ojanca» tuvo que ir al Juzgado a apuntar a un chico y se le hacía un poco cuesta arriba. La poca costumbre le hacía ir con zozobreja, según apreció Coralio al verla cruzar por su puerta.

Al llegar se encontró allí con «Frasco» y con Moraleda y respiró:—«Anda peineta y venía yo tan «acelerá» y «miá» qué par de pendientes hay aquí».

Moraleda y Antonio eran Juez y Fiscal. «La Ojanca» entre ellos se consideró como en su propia casa, sin saber ni importarle los cargos que desempeñaban. El instante simboliza insuperablemente lo que era la confianza entre los alcázareños y hasta qué punto se consideraban todos unos, dando un ejemplo magnífico de llaneza y hermandad.

Maneras de ver las cosas SALIA Ulpiano de su casa y se encontró a la Felisa la Braulia.

—«¿No te quedan algunos chorizos?», le pregunta.

—«Algunos habrá»; le contesta

—«Bien podías poner unas habichuelas con dos o tres para esta noche».

La Felisa, que sabe seguir la corriente, puso las judías. Ulpiano y su mujer fueron a comerlas y no dejaron ni una, quedando todos tan satisfechos de esta broma, que no lo parece, pero que es altamente demostrativa de la psicología de aquellas personas.

Amigos hasta la muerte ENTRE varios de la cuadrilla se repartieron un fardo de bacalao para la Semana Santa.

Estaban de zurrilla en casa de Paniagua y echaron de menos a Ulpiano. Salieron en su busca y en su casa los recibió su mujer, gran conocedora del percal.

—«Sí, ha venido un poco malo y se ha metido en la cama»; dijo.

Presentes en la alcoba, manifestaron que era necesario hacer las cosas bien, ya que la gravedad de la enfermedad no ofrecía dudas. Hizo testamento con la mayor seriedad, distribuyendo equitativamente su hacienda y los pares de botas que tenía para arreglar en el taller. Paniagua, muy caracterizado, preguntó por las deudas. Ulpiano, con pesar y muy afectado, hubo de recordar lo del bacalao y quedó dispuesto para ser administrado adecuadamente a la mayor brevedad.

Mozos viejos y viudos,

viudas y solteronas

COMO se consideraban estos estados en aquel tiempo, cuál pudiera ser su situación y qué trato recibían, serían detalles más o menos interesantes y demostrativos de aquellas costumbres, si nuestros recuerdos infantiles nos permitieran reconstrucciones aproximadas.

En general, el hombre tiene peor adaptación a cualquier estado que la mujer, pero dentro de eso, el mozo viejo es el ser más resignado e indiferente.

El común de las gentes no soporta la soledad. Solo a las personas de intensa vida interior se les hace apetecible por las compensaciones que encuentran en su propio ilusionismo, del cual viven incluso en estado matrimonial, pues no todos los casados se hallan identificados con la coyunda, ni mucho menos.

El recuerdo más vivo de nuestra infancia se refiere a los viudos, y el sentimiento que fijó este recuerdo fué el miedo.

El varón viudo era un ser al que se le hacía un vacío casi absoluto, incluso entre los propios hermanos. Únicamente la madre, las pocas veces que existía, volvía a recoger al hijo, aunque a regañadientes en algunas ocasiones.

Era una situación violenta que dejaba al hombre en el mayor desamparo y creaba a su alrededor una atmósfera de prevención que a los chicos nos daba miedo y a las personas mayores un recelo que también lo parecía.

Aquellos seres aislados totalmente, inofensivos y de una inocencia plena, podían tener una mala idea, —¿por qué no?— pero la realidad, lo verdaderamente temible e injusto, era la situación en que se los colocaba y del acto más que de las personas debían irradiar los temores. El hecho es que en aquellas noches de tinieblas, alumbrado por candiles o a tientas, se veía al viudo vagar por su vivienda como un duende. Por el día la casa estaba siempre cerrada y triste, sin que nadie, ni aun los pobres, se acercaran a la puerta; la gente decía cuando se morían, sin que nadie se apercibiera hasta los dos o tres días, que había hecho Dios un bien y entonces entraban a quitar al muerto y ver lo que quedaba.

Esta situación se le creaba súbitamente al hombre mejor considerado, al día siguiente de enviudar y duraba tanto como su vida o su viudez.

El mozo viejo en cambio, cuya aversión al matrimonio estaba siempre bien probada, rara vez se veía en tal abandono, aun viviendo en casa propia y separada. A lo largo del tiempo el misógino se había ido labrando el vivir más acomodado a sus posibilidades y apetencias y con arreglo a ellas llegaba hasta el final sin que nadie se asustara de su proximidad, ni le negara el auxilio caritativo.

En la mujer estos estados tenían una consideración muy distinta. La viuda, por lo general, se mostraba siempre como el ser más equilibrado, poco inclinada a la reincidencia, cuidadosa, expansiva, laboriosa, satisfecha de haber pasado la prueba del matrimonio y no descontenta de verse libre de él, irradiaba simpatía y afecto atrayente que la hacía bienquista en todas partes, dispensándola consideraciones y atendiéndola en sus necesidades.

Son muchos, muchos, los casos de abuelitas simpatísimas que recordamos, aunque no son pocos los de viudos desventurados y mozos viejos insípidos.

El caso de las solteronas difería del de las viudas, por el estado de ánimo que les engendrabá el incumplimiento de su más noble misión en la vida: la maternidad. No eran egoístas, como se decía, y su mal humor era la protesta disimulada de una situación anómala. No por el alejamiento del hombre, al que la mujer no suele amar por sí mismo, sino un poco como hijo y desde luego como factor complementario para su función, como punto de arranque para su vuelo de mariposa, como sostén imprescindible de sus galas nupciales.

Una demostración de que no era la soltería la causa del mal genio, era que en la casada estéril solían observarse las mismas cualidades, las mismas inclinaciones compensadoras de vestir muñecos, cuidar animales y plantas y las mismas manifestaciones de resentimiento y desilusión. «¡Mira que sola!» decía la una. «¡Mira que sin hijos!» decía la otra, y tenían razón. Para ese viaje...

Era la voz de la especie, el mandato de Dios, que latía en su alma, desoído y defraudado, lo que se manifestaba agriamente y lo que les hacía sentirse incompletas.

Desde el punto de vista de la convivencia y consideraciones circundantes, la solterona estaba por debajo de la viuda, verdadera reina y señora en el campo de los solitarios, pero por encima del mozo viejo y a mucha distancia del viudo, víctima de una incompreensión increíble.

La calle del Mediodía

SIN poder compararse con las del Santo, Toledo y Virgen por lo rectas y bien proporcionadas, resulta de innegable esplendidez y de acertada denominación que debió salir del chaillán de Fulgencio Barco, donde se juntaban algunos leídos y muchos observadores, sobre todo cuando Lope tenía allí la ferretería.

El trazado es sumamente irregular, no es ni plaza ni calle y tiene rodales que parecen unos de calle, otros de plaza y otros de pasadizo. La acera del Cadáver, al sol de la tarde, es auténticamente alcazarfeña. La de enfrente, siempre solitaria, parece ensombrecida por el desfile de los entierros, pues es la parte más triste de todo el camino. Son como pasadizos la entrada a la calle y la salida a la Torrecilla.

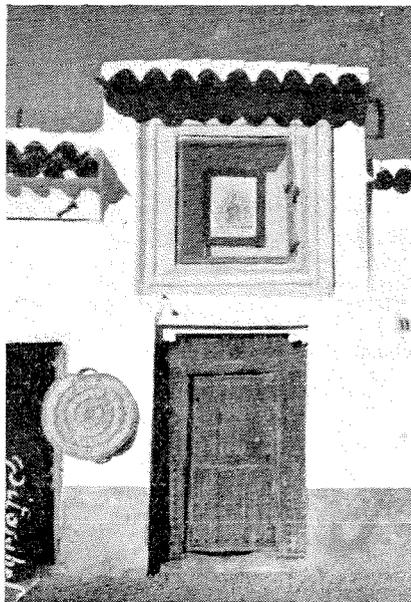
El clima de esta calle, a pesar de su buen nombre, tiene de todo, como el trazado, pues la desembocadura de las calles de la Tahona y Resa, aunque acodadas, no la libran del aire del Norte, si bien este pierde fuerza en el rincón del **Herrero** que resulta protector de aquella acera. Cuando no corre el cierzo y está claro, la calle se llena de sol plenamente y tiene una claridad deslumbrante.

La calle está favorecida con dos imágenes de Nuestra Señora; la de los Dolores, al salir de la calle de la Tahona, en la casa de Cordero, y la del Rosario, en la esquina de la calle Almagueta, en la casa de la Elisa, que se conserva como en sus buenos tiempos, según puede verse en la fotografía.

Lo de la Espartería es moderno, aunque no haga mal el capacho ahí colgado.

La Virgencilla que está sobre el portón tenía antes un balconcillo con balastrada de hierro, que hacía un semicírculo saliente en su parte central. Dentro de su pequeñez era una forja vistosa y bien hecha.

A ninguna de las dos Virgenes le faltó nunca su lamparilla o farol, atendidos por las dueñas de las casas y algunas otras personas devotas del barrio.



La casa de la Virgencilla del Rosario, en la calle del Mediodía, esquina a la de Almagueta.

INTRUIDO

grupo de ferroviarios casi totalmente desaparecido. Por el orden de colocación figuran en él Pepe Toribio, entonces alumno, ahora Inspector Principal, cuyo gesto denuncia el corajillo que había de tener después para romper lanzas contra el molino Creó «El Despertar» que ha sido el semanario de



más larga duración de Alcázar. Siendo Concejal y Diputado provincial hizo la Biblioteca y el molino del Parque. Después ha sido Secretario de la Asociación General y Director de su Revista y como no vive resignado hay que esperar nuevos rasgos de su espíritu manchego, que es de los auténticos.

Le sigue Antonio Hernández, factor muy pinturero; Casildo Novillo, que se casó con la de Caspirre; Arturo Cenjor, alumno; Manuel Tendero «Sagastilla» que aun se pasea tan flamenco por el andén de Atocha; José Munera, factor; Manuel Alberca, factor, que tuvo el gesto de renunciar a su empleo, cosa excepcional en Alcázar, fiado en su capacidad para más altas empresas. Empezó diversas actividades con desigual fortuna.

Marcelo Encabo, factor principal, que propendía a levantar la mano y el codo. Manuel Vilaplana, el del Cojito; Eusebio Guillén; «el Pulido» D. Manuel Blanco, que puso la carnicería en la Castellar cuando Segurita; Julián Rodero, jefe principal; D. Mariano Rico, Inspector, hombre muy de su tiempo, reglamentarista, que cuando veía a Barajas sostenido con trabajo en la escoba, le afeaba su inclinación y el otro le decía: «A todos nos gusta, D. Mariano a todos nos gusta». Se casó viejo y después de jubilarse aprendió a tocar el acordeón ¡Si sería romántico!

D. Rafael González sub-Inspector, amigo de hacer favores, lo mismo que el sub-Jefe Juan Aguado, pero este prefería hacérselos a ellas, y Santos Laborda, que pasó como de paso por aquí. Para el caso igual que los demás, porque ¿quién se acuerda de los que dejaron de existir?.

Los granujas de la Estación

LOS chicos huraños del Porcarizo y de la Cruz Verde, al tiznarse en la Estación se convirtieron en los golfillos o granujas de las carboneras.

La tizne cambió mucho a estos chicos. Iban descalzos como antes o a lo sumo con alpargates viejos. Pantalón corto por encogido y despedazado de las rodillas. Chaqueta de hombre hecha girones que les servía de abrigo y un bote en cada bolsillo. Zurrón o morral colgado de un hombro o del pescuezo, para echar lo que birlaban y una esportilla para sacar briquetas.

El pretexto para permanecer en la Estación era la rebusca de carbonilla.

La Estación los hizo mucho más sociables, aprendiendo con la ganancia las ventajas de la amabilidad para con los transeuntes e incluso con los empleados que les otorgaran la convivencia. Solo conservaban el recelo para sus perseguidores, de menos asperidad también que dentro del pueblo.

Los granujas fumaban todos y jugaban a las cartas, lo que quiere decir que siempre tenían perrillas. Se acurrucaban en las estufas o echaban brasa a la intemperie, formando corro.

La viveza de estas criaturas, su descaro y la percepción intuitiva de cualquier peligro, era superior a toda ponderación, lo mismo que su destreza para cruzar o saltar trenes, parados o en marcha, así como el escaso número de accidentes que sufrían.

Los granujas huían del pueblo. Anochecido cruzaban las barras para ir a sus casas, pero durante las horas de actuación, que eran todas las de la noche y el día hasta media tarde, buscaban la ventaja defensiva del campo abierto, por detrás de la Estación, hacia los silos de los molinos del Tinte y la balsa de la luz, que les servían de guarida.

Algunos de aquellos chicos se identificaron tanto con la Estación que acabaron colocados en ella como trabajadores, redimiéndose dignamente de la miseria que acompañó a su infancia y otros, menos afortunados o peor dispuestos, siguieron escarbando en la ceniza de las máquinas y mendigando coscurros cuando la falta de agilidad no les permitía ya meterse en aventuras de saltar topes o correr por los imperiales de un tren en marcha, como por una pista de atletismo.

La Estación, siempre magnánima, hizo lo que pudo por librarse de estas lacras, y cuando no, las soportó resignadamente dejando de comer al hambriento, ¿qué más podía pedirle?

Chicos del Porcarizo

LA Altomira» y «La Veguilla» tienen frecuente relación en mi pensamiento, por el recuerdo y por la realidad. En tiempos no era raro ir de la una a la otra, a la ida o a la vuelta.

Los chicos que había en el Arroyo tenían una catadura especial. Los pelos cortos, pero dejados y de punta, de hambre; la cara afilada, rojiza la nariz, el mirar escamón y agresivo, las manos y muñecas custridas y con corteza; iban a por hierba para los conejos y a por collejas y cardillos, para ellos. Los arrancaban con la navaja canutera y los ataban con las tomizas de sujetarse los pantalones.

Eran chicos que saltaban con facilidad, se escurrían como lampreas por la zanja, hablaban con un descaro sorprendente y cínico. Se adivinaba en ellos la garduña. Las personas mayores y cabales, seguramente los veían con prevención. Eran un producto de la miseria, que les había invadido hasta el alma

Antes de entrar en el lugar, en la misma orilla, solían verse otras miradas escrutadoras, recelosas y como a la sordina. Eran los consumistas. Mi padre había estado una vez en los Consumos y conservaba la confianza y el conocimiento de aquel entonces, que le permitía seguir a su paso, sin detenerse, con un: «Buenas tardes, señores.» — «¡Arre, nanal!» — y yo daba un salto en la albarda.

Borriquillos Serranos

ANTES del alba empiezan a pasar borricos por la puerta de la casa que ocupó en un pueblo de Gredos. Su andar acompasado, menudo, de paso corto pero vivo, resuena en la piedra del piso. Parece que pisan también más fuerte que en La Mancha.

Aquellos borricos están muy saludables y lustrosos, como las personas, finos, magros, fuertes, jamón serrano, con poco gordo, hecho en continuo caminar escalando alturas y bajando precipicios.

Son borriquillos pequeños, pardos, curtidos por el aire de la Sierra embalsamado de resinas y van tan cargados y tan bien cargados, que apenas si se les ve bajo una montaña de palos recortados o piñas secas, ordenadas, simétricas, inamovibles.

Si va de vacío lleva sobre la albarda los palitroques y cuerdas de sujetar la carga, y el guía, hombre o mujer, de su mismo color y fuerza, andarines de caminos interminables, que solo ellos y las cabras monteses conocen y vadean diestramente.

A favor de la corriente

HACE poco me ví consumido; mis hijos me comparaban con Gandi, el Brahaman indio y otros con un pájaro frito. El hecho es que yo apenas lo sentía ni le daba im-

portancia. La vida se iba apaciblemente, como las aguas del río se van al mar, con la dulzura del sueño que nos invade despacio, despacio, hasta perder la conciencia. Cuando me ví retratado, me admiré y me acordé de los muertos, del encogimiento general que sufren al momento de expirar, de lo que sorprende al verlos tan reducidos, cuando se dice; «¡Ay, cómo se ha quedado, si no parece él!».

La causa de mi consumimiento era el ayuno. No podía ser más natural ni para mí más asombroso lo que aguanta el cuerpo sin quebranto subjetivo o anímico. Tendido sobre una gran piedra, inclinado en plena corriente del Río Arenas y acariciado por el ramaje y el aire de espesos pinares, me acordaba de todos los seres ayunadores, voluntarios o forzosos y de sus maravillosas condiciones. Uno de ellos las chinches, cuando ninguna casa se podía ver totalmente libre de ellas; aquellas chinches blanquecinas, secas, pegadas, que vivían años enteros en las rendijas de los muebles esperando que algún despistado se pusiera a su alcance para devorarlo y esperando lo que fuera preciso para alimentarse de nuevo, aunque fueran años en casas deshabitadas.

Otro animal de resistencia ilimitada al ayuno es el caracol terrestre. Se le ve quieto, pegado a un cimiento y como si fuera una piedra años enteros, aislado del medio, con la boca de la concha tapada para no perder el agua, y en cuanto llueve reviven y se comen todo lo que pillan.

Varios animales del fondo de los mares les pasa lo mismo y son casos conocidos de resistencia los de los animales del desierto; camellos, ratas y reptiles en general.

La falta de comida hace que los organismos tengan que sostenerse a expensas de sí mismos, desintegrando sus propios tejidos. Por eso se consumen; y en cuanto al hombre dicen los que entienden que de la grasa pierde el 92 %; el bazo y el páncreas el 64 %; el hígado el 56 %; los músculos, (la carne magra) el 30 % y la sangre el 17 %. Los nervios y los huesos no pierden nada. Por eso la gente cuando ve personas como yo, dicen con razón que parecen la muerte en pie, porque la forma esquelética, el armazón, se conserva y todavía algunos, más gráfica y castizamente, te pueden soltar como me hizo a mí una, sin poder contener su sentimiento ni su emoción, con los ojos llenos de lágrimas; ¡Ay, Rafael, si pareces una «estauta»! ¡Cuánta alma había en la expresión y cuánto se lo agradecí!

Pero volvamos al río, al Charco Verde, a la Fuente Pelayo, en el valle de Guisando; el camino maravilloso de Candeleda. El río se va haciendo su cauce en la roca granítica de Gredos, en el cimientito de los Galayos, que ha descarnado y lentamente, sin prisa, como el perro con el hueso, va royendo y partiendo la roca cristalina, convirtiéndola en cantos redondos, mayores o menores, que aseguran y convidan al viandante a permanecer sobre el agua.

Allí ví claro lo que pasa aquí en las piedras de nuestro lugar; en Piédrola, en Los Pilancones, en Las Albuzaeras, en El Altozano.

Los agentes atmosféricos van disolviendo la roca desigualmente, según su composición. Las partes disueltas se las lleva el agua; las no disueltas, faltas de unión, se disgregan y forman la arena.

En la roca existen grietas producidas por retracción, desecación o enfriamiento que las divide en formas regulares, como se ve en Piédrola. Por esas grietas penetra el agua y el aire que corroe, mata las aristas y redondea las formas dejándolas sostenidas unas en otras en equilibrios incomprensibles.

Como nuestra piedra es blanda, su ataque es fácil, por las aguas de lluvia y por la desigual intensidad de su acción se forman los aljibes o pozatas donde iba el ganado a buscar el agua cuando no la había por ninguna parte y los pilancones donde iban las alcazareñas a lavar cuando no tenían otro recurso.

Poca grandiosidad ofrecen nuestras pedrizas, pero en medio de éstas que la tienen tan extraordinaria, el recuerdo de aquello minúsculo era lo que me entretenía y lo que en realidad me servía para apreciar lo que tenía delante, acrecentando el cariño hacia el Castillejo de Piédrola, tan pobrecillo, tan chiquitín pero tan «arriscao», como el zagalillo del ganado, de menos bulto que la garrota de que es portador, pero que entrándosela en la barriga se empina y se cree el Cid Campeador.

PASTOREO LAS vacadas

que pastan en la sierra, tienen una brillantez de pelo que hace reflejos a distancia y es de un negro nítido, absoluto. Como la planta saludable tiene un verde denso, renegrado, el toro en la cumbre tiene un negro tan limpio que produce irisaciones grisáceas como las gemas del Brasil. Dispone, además de pasto abundante, fresco y fino, de agua excelente y goza de una calma paradisiaca solamente alterada cuando de madrugada acuden lobos—esos sabios mudos, como decía el guarda Valentín—en busca de carne.

Los altos valles y laderas de Gredos, están como fuera del mundo, casi en el cielo. Son como cuencas enormes de kilómetros y kilómetros, donde Dios ha derramado su gracia para deleite de los que ascienden hasta ellos y cuando al cruzarlos no se pueden contener las exclamaciones, el eco las repite como diciendo: ¡Es verdad, es verdad!

La salud de estos animales es perfecta. La carne que dan no admite comparaciones, es única.

El ganado andaluz, de buena salud y criado a cuerpo de rey no tiene la misma limpieza.

Al llegar a la plataforma, bajando de la Laguna de Gredos, tropezamos con unos pastores que preguntan:

—¿Qué tal za pazao er día?

—Bien, muy bien.

—¿Muy canzaos?

—Hombre, claro que sí, pero merece la pena, aunque para andar ésto había que estar aquí un mes, pero con ustedes.

—Es muy canzao. Nozotro llevamo quince día cin habló con nadie y hoy que habemo centío gente, hemo bajao po habló un rato, pero aquí lo zuyo e dormí acampao oliendo la cierra, oí ladrá los lobo de madrugá y vé las cabras en los pico en zaliendo er so.

Estos pastores, venidos de Badajoz, iban a vender toros al otro día a la feria de Navarredonda, y nos cuentan sus andanzas por el llano y por la sierra, y sus luchas para defender el ganado, sobre todo de los lobos—los sabios mudos—que en cuanto se queda un animal un poco separado dan fin de él. La noche anterior habían matado un novillo precioso. Los pastores reconocen la superioridad de la sierra para el ganado, pero no para el hombre.

Y cabras montesas, ¿se ven muchas?

—Muchas. Se calcula que hay más de siete mil en la sierra. Se protege mucho eso. Cada guarda sabe las que puede haber en su demarcación.

—Sí, pero, ¿y los lobos?

—¡Ah, mire usted!

Y el pastor hace un gesto de reconocimiento de la fatalidad.

YEGUAS DE GREDOS

Después de escalar las primeras alturas de la sierra, a partir de la Plataforma, se encuentra la casa de los guardas en una altiplanicie desde la que se otean puntos lejanos. Allí hay muchas yeguas y guías que se ofrecen al excursionista para hacerle menos fatigosa la subida, a cambio de 50 pesetas por cabeza.

Los guardas y los guardias que se ven por allí y que tienen controlado al milímetro el terreno, llevan todos anteojos.

Las yeguas son hermosísimas. Sobre el lustre de todos los animales en la sierra, cuando yo estuve, tenían el de la crianza, pues ya es sabido que nada embellece tanto a la hembra saludable como el criar.

Los hombres, cuando se pasa, dicen: «se alquilan caballos para subir a la sierra», y si algún carcamal como yo no acepta el ofrecimiento, se quedan asombrados y con un dejo de compasión por nuestra ignorancia y un sonsonete casi herenciano agregan: «¡Va Vd. a subir andando!» Luego se ve que tienen razón, pero a medias, porque lo propio del caso es subir andando a la cumbre del Almanzor, para apreciar la bravura y grandiosidad del paisaje. Pero dejemos eso ahora y fijémonos en las yeguas. Bien es verdad que conocen el sendero, mas ello no resta mérito al cálculo, a la prudencia, a la firmeza y calma con que suben y bajan aquellas pendientes casi verticales. Coincidimos al regreso con tres o cuatro que iban en nuestra fila siguiendo los vericuetos de la senda, parándose y avanzando a nuestro compás y sosteniéndose a veces con las cuatro patas juntas sobre pavorosos pedruscos en declive.

A partir de la fuente, donde se para a beber agua el personal, el guía advierte que se tenga algo de cuidado, porque las yeguas oyen y olfatean la rastra y se impacientan y relinchan, deseosas de llegar para amantarla. Y así ocurre desde luego, pero los animales conocen el terreno que pisan y no salen de su paso y cuando al cabo, cerca de la casa, se les acerca la cría juguetona, le ponen la ubre y mientras estiraza le lamen el anca en tierna caricia maternal.

Carrillos y Diligencias

Eran medios indispensables de comunicación de Alcázar con los pueblos inmediatos cincuenta años después de pasar el ferrocarril.

Cualquiera que fuera la denominación con que se les distinguiera, la realidad era la misma: una tartana que hacía el recorrido periódicamente.

La de Criptana, se llamaba «La diaria», inseparable de José María.

La de la Alameda, «El Correo».

La de Herencia, «El Carrillo».

Villafranca se arreglaba con los hueveros, especieros y demás ambulantes. Miguel Esteban con los hortelanos. Quero y Villacañas fueron siempre tributarios del ferrocarril. Antes hubo una diligencia para Tomelloso con dos troncos que relevaban en la casa de Guerras. Parece que esta diligencia era del mismo D. Juan. También hubo otra para Consuegra, que la llevaba «Pitito».

El más típico y el que conservó hasta última hora el signo aventurado del viaje fué el carrillo de Herencia, tan frecuentemente asaltado, que diariamente salía a su encuentro una pareja de civiles para protegerlo hasta su llegada a Alcázar.

Era aquella una estampa digna de nuestros campos.

Los guardias convivían familiarmente con la gente del pueblo, y en mi casa era frecuente la tertulia y el zurrilla entre civiles y paisanos y la comilona general en días de concentración, cuando pasaba el Rey, y de allí salían muchas veces a buscar al carrillo.

Entonces los guardias vestían de negro rigurosamente limpio, con correa amarilla y hebillas de latón reluciente. Para el campo llevaban polainas y una gran mochila que abultaba mucho debajo de la airosa capa, que también tapaba el fusil colgado al hombro con la culata para arriba, formando una segunda joroba.

Era típica e inseparable del horizonte campestre la imagen de la Benemérita con los tricornos relucientes y arrugados y aquellos bigotazos que parecían cruzados en la cara para sujetar el barbuquejo en su sitio como signo de autoridad en función.

La Benemérita, terror de los maleantes, era recibida con simpatía en todas partes. Nunca inquietó su presencia en ninguna casa alcázareña. Todos veían en ella un amparo y los chicos cuando, anochecido, sentados en alguna esquina, contábamos cuentos de miedo y hablábamos de «Castrola», (1) «Pernales» y otros bandoleros famosos por aquellos días, veíamos en los guardias la única posibilidad de evitar la llegada de los bandidos, y así era en efecto, pues aunque estos audaces malhechores no se aproximaban a nuestra tierra, otros, sin embargo, andaban como los lobos, por montes y vegas próximos, en espera de posibles desvalijamientos, cosa a que se prestaba y sufrió reiteradamente el carrillo por la puntualidad y regularidad de su cruce por el camino de Herencia.

El conductor del carrillo se opellidaba Requena, hombre valiente que protestaba de la pareja porque le ocupaba los asientos.

Su llegada a Alcázar era sobre las nueve —para entonces media noche— siendo apreciada su presencia por el acompasado campanilleo de la mula que llevaba doble collar.

(1) «Castrola», fué el bandido más famoso de los montes de Toledo. Sus hazañas alcanzaban hasta Consuegra. Su guarida estaba en el campo de Urda. Hombre sanguinario, cruel, que según refiere Urabayen, infundía terror a sus mismos compañeros de cuadrilla y un día obligó a unos segadores a consumir su almuerzo sobre los cadáveres de sus compañeros tendidos momentos antes a sus pies.

El mismo autor da un trozo de romance:

Por allí viene «Castrola»,
«Castrola» el bandolero;
trae escondido en la faja
el trabuco naranjero.
Le saltan chispas los ojos;
revuelto lleva su pelo.

Pero como pasa siempre a estas alimañas, un día amaneció colgado de la verja del Santo Cristo.

Colgado cabeza abajo,
como se cuelga a los cerdos,
el bandido más feroz
de los montes de Toledo.

"El Jaro Cagaica"

ESTE hombre tuvo una nombradía de mala ley. Naturalmente fachendoso, presumido, amigo de la juerga y enemigo del trabajo, hizo una muerte siendo joven, cosa excepcionalísima en Alcázar y en el penal hallaron la mejor escuela sus inclinaciones naturales que habrían de caracterizarse el resto de su larga vida por el alarde de majeza provocadora y la invocación de sus hazañas entre los valientes de la cárcel, con los que perfeccionó su habilidad para saltar, luchar y tirar a la barra que, es lo único en que sobresalió.

Con tales prendas no podía gozar de mucha tranquilidad y los incidentes desagradables eran diarios en las salas de juego, tabernas y cafés cantantes, donde su faca solía mostrarse sembrando el terror.

Fué casado tres veces. La primera con una «Canena» y la última con la «Pelucheja».

No sabía leer ni escribir. No trabajó nunca y a última hora fué sereno, cuando los que para defender a Ricardo iban con la tercerola debajo de la manta y le hicieron una descarga al salir de la taberna del «Chato».

Después se hizo él también de la escolta de Ricardo, hasta que se fué al monte de guarda, de donde lo trajeron casi muerto, a los ochenta años de desplantes y bravuconerías que desentonaron sobremanera en la vida pacífica y honrada del vecindario alcazareño.

Como único detalle noble de su vida, se recuerda la generosidad; alguna vez dió hasta la ropa, a la manera de los bandidos de su época.

Vientres privilegiados

MUCHOS de las cosas que recordaba el Angel de Borrego con más admiración, era la resistencia de otros alcazareños con los que había convivido. Muchos iban al amanecer a la churrería, tomaban un combro, una copa de aguardiente matarratas, encendían una tagarnina y ya podía andar aire, helar o apretar el sol, pues nada les afectaba. Después se comían un par de guindillas y medio pan, con el vino correspondiente y al ajo de mediodía se le echaban unas guindillas para que supiera a algo.

No eran exclusivas de los labradores estas costumbres, pues en el pueblo abundaban los gastrónomos que no le hacían ascos a nada ni encontraban excesivo beberse una sartén de pringue o comerse cien tortas de bizcocho.

Y sin esos alardes, es general la inclinación al buen comer y beber, que ahuyenta las penas y la disposición diaria a la merienda opípara, que aleja al hombre de cuanto pueda alterar su digestión y le conserva feliz e indulgente como ha sido siempre el alcazareño.

Tal vez la razón de que la mayoría de nuestras fiestas no tengan la solemnidad que en otros pueblos, estribe en la facilidad que se ha tenido aquí para hacer un poco de fiesta cada día. Ya es sabido que los sacristanes alcanzan una familiaridad excesiva con las imágenes, y el alcazareño cocineando y trasegando a diario, no puede rendirle agasajos excesivos a un día determinado, salvo al que así surja inesperadamente, pero es evidente que tal costumbre constituye motivo fundamental para que se prolongue en el tiempo la celebración de algunas fiestas, que sin la ensalada de escabeche o las chuletas fritas, tal vez hubieran desaparecido hace muchos años: tales Santa Agueda, Santa Polonia y San Marcos principalmente, tan arraigados en el espíritu alcazareño, aunque no haya seguridad de lo que hubiera sido de estas romerías sin las tripas de salchichón y las botas de tinto carrasqueño.

Es una hermosura, como decía el Angel, la fortaleza y el buen funcionamiento de esas barrigas.

UNA de las cosas que recordaba el Angel de Borrego con más admiración, era la resistencia de otros alcazareños con los que había convivido.

Con la guitarra al cuello



DESDE muy pequeño empecé a tocar la guitarra. Mi madre tenía mucho interés en que aprendiera. El ambiente de su casa era filarmónico y un hermano de mi abuelo Juan Pedro, llamado Juan Alfonso, fué profesor del Conservatorio en el que enseñó a Casimiro Campo, luego organista aquí en todas las funciones religiosas.

MI padre me hizo el gran bien de ponerme a trabajar desde chiquitín y la lección de guitarra la daba después del trabajo en casa de Vicente el carretero, «Salivilla», que vivía en la calle Ancha.

Las andanzas con la vihuela hicieron que me fijara en los novios y ellos en mí, pues fui a tocar a varias bodas de solista; quiero decir que no había ningún otro **tocador**.

También solo, tocando y cantando, daba algunas vueltas al ir y volver de la lección, ora anochecido o bien por la siesta en el verano.

¡Qué noches las de Eneol! La luna, rutilante, alumbraba como el sol. El despejo atmosférico era absoluto. Las estrellas echaban chispas. La blancura de las casas, bien enjalbegadas siempre, se veía desde una legua; frío, hielo, tiempo seco. La sombra de los tejados se proyectaba en la calzada. No se veía a nadie, pero al pasar el chico cantando, siempre se rebullía alguien en el quicio de alguna puerta o en la rendija de una portaiilla, o bien los gatos le daban un susto al salir gruñendo por debajo de una portada; achaques todos del amor que no puede estar oculto.

En este sentido las siestas eran peores. No es extraño, en ese tiempo la naturaleza toda está floreciente, el calor enerva, «la ilusión encanta», y el chico iba siempre tan entusiasmado con la guitarra que no había que preocuparse por él.

Efectivamente llegué a ilusionarme con la guitarra, que un cambio de vida me hizo olvidar; de la facilidad para ilusionarme, no me he curado ni creo pueda conseguirlo ya.

Antonio, el de las tortas

Antonio va con el cesto de los tortas desde el horno de «Canana» a la Estación.

—¿Dónde vas, Antonio?

—¡Eh! El señor Bernardo era muy listo, ¿verdad?

—Claro que lo era.

¿Lo conoció Vd.? Dicen que tenía muy mal genio. ¿Fue Vd. a la escuela?

—No, no fui a la escuela.

—Daba mucha leña, ¿verdad? A Daniel y

a Bernardo los calentaba y también a Vicente, pero él decía que a Antonio había que dejarlo porque le faltaba un tornillo.

—Le gustaban mucho las codornices, ¿verdad?

Siempre hablaba de su padre Antonio y siempre conservó en la ilojedad del tornillo, el sentido estricto del deber y la disciplina que irradiaba de sí el Sr. Bernardo.

—¡Dame una torta, Antonio!

—¡Mañana, mañana!

Y apretaba el paso para llevarlas a su destino.

El amor en mi barrio

EL amor en mi barrio también hacía de las suyas. «La Pelegrina», fué motivo de un pugilato ruidoso.

Se la disputaban Román el de la Priora y el Cojo de Herencia, y eran mediadoras principales «La Cocota» y la Alejandra de Senén, que «la metieron en el ajo».

Román era un buen hombre y un real mozo, trabajador del campo, saludable y fuerte, aunque un poco falto.

La influencia vecindoneril estaba a favor del cojo, que era un organismo pobre y enclenque, de mal genio y peor vino, impedido de ambas piernas, que andaba apoyado en las rodillas y no se le veía en el suelo,

Es sorprendente que las mujeres se decidieran por él, so pretexto de que era un artista. Querían decir un artesano, porque arreglaba sillas y podía ganar más que Román.

«La Pelegrina» tenía blancas las pestañas de un ojo y lo disimulaba poniéndose una cortinilla. Le sobraba con el otro ojo para ver al cojo, que dejaba sentir su presencia enarbolando su garrotilla de a cuarta sobre las costillas de su cara mitad.

El cojo parecía un gallo inglés y una vez que vió a Román de cruzar por la calle, cuando ya estaban arreglados, quería salir detrás con la navaja, creyendo que pasaba intencionadamente para hacer volver de su acuerdo a la tuerta.

A Román, con otro genio, le hubiera sido fácil aplastarlo de un pisotón, pero las mujeres se vieron y se desearon para sujetarlo y evitar una perdición. El alma de «La Pelegrina» se esponjaría con aquel arrebató de celos y quedó enlazada al cojo y a su arte mísero para toda la vida.

Román, el hombre, siguió mozo. Fué a sustituir a Engalgaliébres en los servicios de la tumba que, si no era una diversión, le permitió vivir bien siempre, en paz y en gracia de Dios y bastante sentiría «La Pelegrina» su equivocación y no digamos las vecinas cuando tenían que aguantar la zapatista de alguna borrachera, pero como decían ellas, es que el matrimonio es un «atinoque» y nadie sabe cómo acertar, porque bastante lo habían pensado.

LAS MULAS MUERTAS

Al Norte y Oeste del término del lugar, hace el terreno amplias ondulaciones. Lo hondo son los «Aguáizos» que forma el Arroyo del Albardial. Hay dos depresiones que franquean alturas pequeñas de la parte árida del camino, son los «Portachuelos», y por último, la grande y pintoresca altura de las pedrizas de Piédrola, el más sano y hermoso rincón de este sector.

Del lado de acá, muy cerca del pueblo, hay otra elevación de piedra arenisca, ya muy desfigurada por las canteras, llamada las «Abuzaeras», lugar de la pequeña falla geológica que forma la vertiente de La Veguilla. En este sitio era costumbre arrojar las caballerías muertas, cuya presencia no era lo peor, sino el espectáculo de los numerosos perros que acudían a despedazarlas y que siempre estaban merodeando por allí en espera de que les llevaran carne fresca. Con poco que se acercara uno al lugar de esta escena, los perros huían. Parecía que consideraban aquello como un exceso, de posible castigo. Y así era, en efecto.

FALTA DE ESPECIAS

Estaban haciendo lisos en «La Espada» y llegó Berengue. El hermano Bernardo le llenó un vaso y se lo bebió de un trago: «Qué, ¿qué tal? le preguntó el Jaro.

— «Paece que le habeis **echa** poca matalahuga».

LA vida de cada momento es la mejor y la más adecuada de una época, no cabe duda. ¿Para qué deshacerse en lamentaciones?

No obstante, debe sernos permitida la remembranza.

La mujer, al salirse de su casa y del seno de la familia para acudir a los puestos de trabajo, abandonó lo más sólido y lo más noble de su posición y dejó la gran escuela donde se forman *las señoras, las auténticas regentas de la humanidad*, cambiando su puesto majestuoso de ama de gobierno por el deleznable de menestrala.

Al iniciarse este cambio, cuando todavía el hombre no había dado su conformidad a la transformación, se hablaba con desdén de las innovadoras y no se las admitía fácilmente a la relación amorosa formal, porque para qué se quería una mujer que no sabía ni freír un huevo. ¡Claro, eran los tiempos en que el hombre se valoraba como rey de la casa, considerando indigna para él toda aportación material de la mujer, cuya misión esencial era administrar lo traído por el hombre y gobernar la vida del hogar.

Posteriormente se han hecho ostensibles otros matices asimismo desfavorables para la mujer. El contacto permanente con el hombre durante la jornada, con la obligatoriedad de los menesteres laborales resta simpatía, complacencia y poder atractivo a la relación y cuando a pesar de todo prende el incentivo amoroso e incluso llega a establecerse la unión, entra por mucho el cálculo aditivo anulador de las respectivas soberanías de los tiempos pasados, pues el hombre no ya *acepta, sino que cuenta como básica con la aportación de la soldada femenina, otorgando su conformidad a las andanzas y relaciones de la mujer, sin duda honestas, pero que según los usos antiguos, nadie hubiera aguantado, y según los sentimientos eternos de la mujer, nada le es tan insoportable como semejante tolerancia, indicio de desamor.*

Fatalmente el hogar y la familia tienen que resentirse del forzoso alejamiento de su gobernadora y ya van siendo bien patentes los cambios.

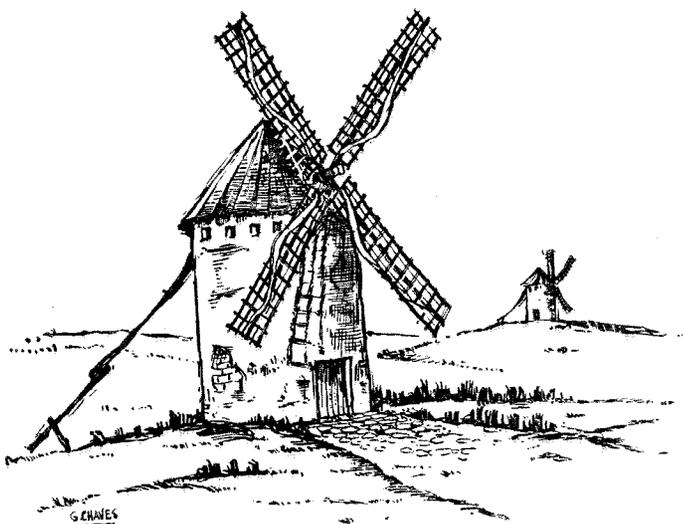
La mujer, por su parte, al dejar las labores propias de su sexo pierde notablemente y no solo el trono del hogar, pues pasados los primeros tiempos de novedad se le ve cansada, harta, aburrida e indiferente en su ocupación, que necesitaría cambiar como los vestidos y si llega a casarse y tiene hijos, vive colmada de inquietudes y agobiada de obligaciones, que no puede cumplir, ni sabe, pagando un duro tributo al apartamiento del verdadero camino, que no queda compensado con el dinero que pueda ganar.

Un taller de tonelería

El negocio de vinos trajo como consecuencia natural el oficio de tonelero a Alcázar, en el cual se fueron acoplando los que más o menos andaban entre los tarugos desde que nacieron y luego han consumido su vida entera dando vueltas a los toneles.

En la fotografía aparecen, de izquierda a derecha, Pepe el de las Laureanas, con la azuela; Isidro Serrano; Julián Paniagua (Oliva), el hermano del barbero de la Cruz Verde; Antonio Morollón «Calcillas», chiquitín, bigotudo y juguetón siempre; Bernabé Ramos «Peluzo» único superviviente de los toneleros de entonces y Marcos Fernández, el tonelero, que no perdió nunca el *encore* que tiene en la fotografía. Tocó el bajo en la Música toda su vida hasta muy viejo, siempre tan serio, con su corpulencia y aquel instrumento tan grande, nos acercábamos los chicos a él con curiosidad y cuando daba un trompetazo con toda su alma, nos dejaba temblando.





M

olino manchego abandonado. Si intentais moverlo cruje su armazón, rechina, chilla; hace ruidos que nadie escuchará y al girar las aspas parece que agita sus pies y sus manos, en retorcimientos epilépticos, temeroso de rodar por la cuesta del cerro que lo sustentó.

¡Se hundel...

Cae con la pesadez insólita de todos los muertos, gigantesca siempre, aunque no proceda de gigantes verdaderos.



